

LAS DONCELLAS DEL HORROR

CURTIS GARLAND

Se acercó, alargó el brazo aprensivamente. La llama amarillenta iluminó aquello.

Un largo, indescriptible, espantoso grito de terror, brotó de los labios de Sabrina Cole. Sus ojos desorbitados contemplaron solamente un segundo la escena horrible. De su mano escapó el candelabro, que se estrelló en el húmedo suelo, rompiendo la vela y apagando su delgada mecha con un chisporroteo.

El grito de pavor continuaba en la oscuridad. Sabrina parecía ver todavía ante ella, a pesar de no haber luces ya, la enloquecedora escena.

Aquella cabeza de mujer, pelirroja, joven y hermosa un día… Aquella cabeza horriblemente hinchada y deforme, colgada de un enorme clavo en el muro… Decapitada, mostrando roja sangre, ya coagulada, seca, en su cuello hendido.

Y debajo en tierra, como un pelele roto, el cuerpo de ella, sin nada sobre los hombros, salvo un sangriento muñón aterrador, junto a un hacha de enorme hoja y curvo filo, totalmente bañada en rojo, sobre un charco de igual color…



Curtis Garland

Las doncellas del horror

Bolsilibros: Selección Terror - 75

ePub r1.0

Titivillus 16.03.15

Título original: *Las doncellas del horror*
Curtis Garland, 1974
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

«Como aquel que, por el camino solitario, avanza con temor y con recelo, y que, habiéndose vuelto una vez, prosigue sin volver ya la cabeza hacia atrás, porque sabe que cerca de él, va un demonio horripilante».

COLERIDGE, *El viejo marinero*

CAPÍTULO PRIMERO

Sweet Home Garden.

Era su nombre, conocido en todo el distrito, en toda la ciudad incluso. Sin embargo, todo el nombre era un perfecto y total contrasentido.[1]

Ni era un auténtico hogar, ni tenía nada de dulce, y mucho menos poseía lo que se puede llamar un jardín, en torno al feo edificio central, macizo y cuadrado, grisáceo como una prisión, y con vidrios emplomados, como una vieja iglesia sin definido estilo arquitectónico, ni siquiera la huella del Señor en alguna cruz y ornato religioso.

Por tanto, acumulaba todas las fealdades del mundo, y ninguna belleza o atractivo que permitiera aceptar aquel nombre, grabado con letra gótica en un saliente de hierro, acostumbrado a chirriar, pendulando de las cadenas oxidadas que le servían de colgadura sobre la amplía acera.

El tan optimistamente denominado *jardín*, por la persona que quizá fundó y dio nombre al lugar, era un simple patio polvoriento, destartalado, con cobertizos, un par de gruesos árboles viejos, y unos rectángulos que, si alguna vez tuvieron césped, ahora sólo conservaban hierbajos silvestres descuidados, papeles arrugados y desperdicios.

Sin embargo, sobre el muro de ladrillo oscuro, desconchado en muchos puntos, se podía ver una placa de latón deslucido, donde se había escrito, en letra inglesa, ya más recientemente que el cartel gótico de la placa de hierro colgante:

SWEET HOME GARDEN
ORPHANS RESIDENCE
ONLY FOR WOMEN

De modo que eso aclaraba todo o casi todo. El «Jardín del Dulce Hogar» era un edificio dedicado a residencia de huérfanos. Pero sólo para mujeres.

Tal cosa, rodeaba al feo y sombrío recinto de una cierta aureola de dignidad y nobleza a ojos de la puritana vecindad londinense de aquel distrito. El hecho de que una institución privada, no oficial, se cuidase de atender, cuidar y dar educación, estudios y, sobre todo, alojamiento y comida a una serie de niñas que terminaban siendo jovencitas aptas para la lucha por la vida, con el grave problema de la ausencia de unos padres y una familia, ya merecía todas las simpatías de los demás, especialmente de las damas.

El aislamiento y hermetismo en que se pudiera mantener el establecimiento dedicado a orfanato femenino, también era respetado por ello, y no sometido a críticas, murmullos o comentarios adversos.

Además, estaba *lady* Beswick.

Lady Joan Beswick era toda una dama. Y muy respetada por la vecindad, desde el *policeman* McGregor hasta el comerciante Birchen, pasando por todos los demás. Sin excluir, naturalmente, al reverendo Gates, que acostumbraba a visitar a las jóvenes huérfanas en su residencia, y oficiaba allí los actos religiosos de precepto.

El reverendo Gates no hablaba sino maravillas de las jóvenes internadas, de su educación, de su comportamiento, de su disciplina y su gratitud a su benefactora, *lady* Beswick. Pero especialmente, esta última era el principal objeto de sus elogios.

* * *

—Es una dama encantadora, ciertamente —aprobó el banquero Heyward, sacudiendo la cabeza y agitando sus rollizas papadas.

—Encantadora es poco decir —corroboró el comerciante Birchen —. A su elegancia, distinción y señorío, une una simpatía fuera de lo común, una bondad que escapa por sus ojos, por su eterna sonrisa…

—Caballeros, ustedes hablan así de *lady* Beswick sin haberla tratado a fondo, dentro de su propio ambiente: el orfanato —terció el reverendo Gates con un suspiro—. Yo diría que jamás he visto

benefactora más noble, más honesta y más delicada que ella. Es obvio que no le alcanza con las aportaciones privadas que recibe para su establecimiento, pero no demuestra jamás sus apuros y preocupaciones. La comida de las muchachas y jovencitas es sana, abundante, y sus distracciones, sus estudios y aprendizajes, les serán muy útiles cuando salgan de ahí y se enfrenten con la vida y sus problemas.

—Cuando una muchacha abandona esa casa, debe estar preparada para todo, ¿no es cierto, reverendo Gates? —se interesó el banquero Heyward.

—Pueden afirmarlo, si —convino el reverendo—. Las dos últimas muchachas que han abandonado el orfanato, Grace Matthieson y Sarah Hayers, lo hicieron como institutrices de niños de familias muy ricas del norte de Inglaterra. Ahora, hay otras tres o cuatro jovencitas dispuestas ya a servir como doncellas, cocineras o institutrices. E incluso, una de ellas, como profesora de idiomas. *Lady* Beswick domina perfectamente el idioma suyo nativo, el inglés, como es lógico. Pero también el francés y el español. Creo que no duda en enseñar esas lenguas a cualquiera de sus discípulas que posea condiciones para ello. ¿No es maravilloso que unas pobres criaturas, condenadas por el infortunio a una suerte desastrosa en la vida, encuentren así su mejor camino, sin que ella perciba por tal tarea una sola guinea de beneficio sino, por el contrario, sufriendo toda clase de dificultades económicas para llevar adelante ese establecimiento benéfico?

—Es realmente doloroso —convino el comerciante Birchen. Y arrugando el ceño, se interesó—. ¿Es que las familias que recogen a una de las muchachas… no pagan algo en concepto de comisión a esa dama?

—Oh, ella nada exige. Son esas familias quienes deciden dar una aportación al establecimiento, que casi siempre sólo sirve para cubrir unas deudas y unos déficits anteriores.

—A mí me solicitó una vez un crédito de doscientas guineas —habló el banquero Heyward—. Bien. Pues antes del año de plazo, me había abonado todo el dinero y sus intereses. Ahora, mi Banco estudia otra petición de crédito, esta vez por ochocientas guineas…

—No dude en concedérselo, señor Heyward —habló el reverendo Gates—. Dios se lo agradecerá, sin duda alguna. *Lady*

Beswick se merece eso, y mucho más. Muy graves deben ser sus problemas cuando recurre a usted y a su Banco…

—Sí, ya he dado instrucciones a mis empleados para que le anuncien la concesión del crédito —declaró el señor Heyward, con un gesto complacido, en su rostro mofletudo y redondo—. Todos hemos de ayudar a esa dama. Es como una bendición del cielo para esas muchachas, que gracias a su bondad saben lo que es ser felices y esperar lo mejor de la vida, cuando nada poseían ya… Dios bendiga a *lady* Joan Beswick…

* * *

Lady Joan Beswick suspiró, con su aire de dignidad y arrogancia señorial. Sus claros ojos azules respiraron ingenuidad, dulzura, incluso una tierna compasión hacia la muchacha que tenía ante sí, sentada humildemente en una silla.

Luego, *lady* Joan Beswick tomó la fusta de cuero que reposaba sobre la mesa… y la hizo restallar brutalmente contra el rostro asustado de la joven huérfana.

Ella gritó, sintiendo el desgarrador impacto del cuero trenzado sobre su fina piel. El espejo del muro le reveló el largo, tremendo rastro rojo que dejó sobre la epidermis, y que con celeridad se tornó púrpura, para terminar violáceo, casi negruzco, de mejilla a mejilla.

—Esto es sólo el principio, maldita rebelde —silabeó, con una dureza y ferocidad que hubiese dejado atónitos al reverendo Gates, al tendero Birchen y al banquero Heyward, la muy respetable, caritativa y abnegada *lady* Beswick—. Si no hablas, tendré que arrancarte el pellejo a tiras.

—Pero señorita, yo no sé nada… —las lágrimas asomaron a los grandes ojos de la muchacha, mientras se tocaba, trémula de dolor y de miedo, el rostro señalado por la tralla—. ¡Juro que nada sé sobre esa chica que escapó, Annie Beaumont…!

—Eras su mejor amiga. Y su compañera de habitación —acusó fríamente la dama—. Tienes que saberlo. Habla.

—Por Dios, no me pegue otra vez… Le doy mi palabra, le aseguro que nada sé…

—Annie Beaumont tenía que salir hoy para esa residencia

aristocrática de Edimburgo. Y no aparece. Se evaporó, al parecer. Tú tienes que saber cómo. Tienes tres segundos para hablar. Ni uno más, a partir de ahora.

—Pero señorita Beswick, yo…

—Uno —contó, glacial, la directora del orfanato Jardín del Dulce Hogar.

—¡No me dijo nada! ¡No quiso decirme nada, salvo que se escaparía esta noche…! —casi gritó la interrogada, cuya ingenua faz de menos de veinte años, reveló desesperación, angustia, incluso terror.

—Dos —fue la sílaba tajante que modularon los labios delgados y prietos de la señorial *lady* Beswick.

—¡Ella no me dijo lo que haría! ¡Estaba decidida a huir, es cuanto sé! ¡No me confesó adónde, ni cómo lo haría…! —sollozó abruptamente la joven, dilatando sus ojos por el temor, fijos en su superiora.

—Y… tres, querida Mabel —tuvo todo el tono de una inapelable y tremenda sentencia de muerte para la acusada. Los ojos azules, limpios, dulces e inteligentes, de la muy respetada y estimada Joan Beswick, se entornaron, endureciéndose hasta ser como dos agujas de acero taladrando la faz convulsa de la muchacha llamada Mabel —. ¿Sabes lo que esto significa, querida?

—No, no… —gimoteó entre dientes la jovencita, incorporándose, estremecida, tratando en vano de huir de lo inexorable. Retrocedió dos pasos, bajo la pétrea expresión calculadora de *lady* Beswick—. Yo no sé nada… ¡No sé nada…!

La dama avanzó decidida. Dos, tres, cuatro pasos firmes. Alcanzó a su joven discípula, en un rincón del amplio, suntuoso despacho de la dirección, dentro del establecimiento benéfico.

Se limitó a aferrar su blusa de pechera rizada. Luego, rasgó de arriba abajo la prenda, dejando su torso al descubierto. No contenta con ello, zarandeó salvajemente a la joven, con mano engarfiada, fríamente despiadada.

—¡Oh, no, no…! —sollozó Mabel, temiendo lo que iba a seguir.

Lady Beswick se volvió hacia una puerta lateral cerrada. Llamó, sibilante, rabiosa:

—¡Sykes!

Se abrió suavemente la puerta. Mabel, entre llanto espasmódico,

ocultó su rostro entre ambas manos, intentando retroceder más. Pero se detuvo ante la sólida puerta del despacho, herméticamente cerrada con llave y pestillo.

Apareció un hombre en la puerta lateral. Alto y delgado. Cadavérico, de anguloso rostro lívido. De expresión siniestra, de una mueca cruel, que curvaba sus labios de modo demoníaco… pero que no era ninguna sonrisa. Ni mueca siquiera, puesto que se debía a una deformación de sus músculos faciales, hasta darle aquel gesto sardónico y maligno. Vestía ropas oscuras. Llevaba guantes negros. Y una de sus manos largas, huesudas, enguantadas, se cerraba en torno a la empuñadura de un objeto singular y terrible.

Un látigo de tres correas, al final de cada una de las cuales, había una especie de óvalo de metal, lleno de finas púas, como un acerico repleto de alfileres. Miró el inquietante personaje a *lady* Beswick, agitando su tralla siniestra, malévolamente.

Ella asintió, señalando a Mabel. Ésta, horrorizada, había contemplado la aparición del temible Sykes en el despacho, con su látigo atroz. Dándose cuenta de su impúdica posición, bajó las manos para ocultar su seno en vez de su rostro.

Con su invariable, petrificada mueca infame en el rostro lívido, Sykes se movió hacia la muchacha. Ella gimió entre dientes, mortalmente pálida.

—Oh, no, no… —sollozó—. No pueden ser capaces de… de tanta maldad… ¡*Eso* no!…

Pero nadie parecía escucharla. *Lady* Beswick era una estatua glacial e implacable, con los ojos azules, aparentemente dulces y amables, fijos en ella perversamente. Sykes, era sólo un esbirro monstruoso, que gozaba con el daño ajeno.

Cayó el látigo de tres colas sobre la muchacha. Un gemido angustiado resonó en el despacho. Luego, otro, y otro, a medida que el látigo caía, caía, caía…

Las púas de acero rasgaban piel y carne. Rostro, boca, nariz, cabellos, se iban tiñendo de rojo, a surcos delgados, sutiles, hirientes, lo mismo que su cuello, sus hombros, sus pechos, su estómago…

Cayó de rodillas, cubriéndose con brazos y manos que sangraban también de arañazos sinfín. La voz imperturbable de *lady* Beswick insistía, monocorde, despiadada:

—Sigue, Sykes. Sigue… ¡Sigue!

Y el látigo continuaba golpeando, haciendo chascar y chirriar los aceros afilados en la carne femenina, tersa y estremecida. Goteaba sangre el cuero cabelludo, los dedos, la espalda, hendida de delgados, largos, dolorosos arañazos de metal…

El dolor la venció finalmente. Cayó de bruces a los pies de la directora, sin conocimiento. Ella, imperturbable, alzó un brazo.

—Quieto ya —dijo—. Llévala a su alcoba. Sykes. Eso la hará recapacitar. Si esta noche no confiesa, le darás la segunda sesión.

—Puede que no la resista, señora —señaló el hombre que reía sardónicamente sin cesar, a causa de su defecto facial.

—Si no resiste, y prefiere callar a sincerarse, el doctor Mulder firmará su defunción como en otros casos. Ese viejo borracho no pone nunca inconveniente a ello. Sabe que no puede hacer otra cosa. Sykes, ¿se sigue buscando a Annie Beaumont?

—Sin cesar. Por el edificio, por los cobertizos, los sótanos… y también disimuladamente en la vecindad, en las callejuelas cercanas, en el parque. No puede haber ido muy lejos. No tuvo tiempo. El cerco es perfecto, señora.

—Espero que lo sea. Me gusta pagar a gente que, cuando llega el caso prueba su eficiencia —silabeó *lady* Beswick—. Si la halláis, ya sabéis lo que hay qué hacer.

—Sí, señora.

—Pero con aspecto de simple accidente. Asfixia, por ejemplo. Ahogadla en un barreño de agua, o rompedle la nuca de un golpe, y dejadla donde parezca que pudo ahogarse, en el río… o donde pudo caerse y sufrir la fractura, como un terraplén o una hondonada…

—Deje eso en nuestras manos, señora —rió entre sus labios deformes el siniestro ser—. Annie Beaumont es prácticamente una persona muerta, señora…

—Bien —señaló a la inerme Mabel—. Llévala ya. Que nadie entre a verla. Si alguna de las chicas quebranta la orden, será encerrada un mes en la celda del sótano, avísalo. Ya saben ellas lo que eso significa, Sykes. Vamos, retírala de aquí. Me da asco la sangre…

—Enseguida, señora —asintió servilmente Sykes.

Cargó con la ensangrentada muchacha, y abandonó el despacho por la misma puerta lateral por donde llegara a él poco antes.

CAPÍTULO II

Sabrina Cole prestó mayor atención.

Estaba segura. Eran gemidos. Gemidos de dolor, pared por medio.

No podía ser sino Mabel. La otra interna, Annie Beaumont, había desaparecido. Ella lo sabía. Todas lo sabían. Pero ella callaba. Todas callaban. Era el régimen interior del establecimiento. Quien hablase, tenía pocas posibilidades de seguir disfrutando de una vida relativamente aceptable y normal. Los castigos eran demasiado crueles, demasiado severos, para afrontar semejante riesgo.

Casi todas ellas lo habían aprendido en su propia carne. O en sus sentidos. Torturas, privaciones, encierros, aislamientos enloquecedores, hambre, sed, toda clase de tormentos físicos y mentales…

La directora y Sykes eran expertos en tales represiones. Por eso el orfanato era en todo momento, cuando había visitas, una pura sonrisa, un ámbito lleno de aparente felicidad. Cada rostro era una máscara de alegría, de satisfacción, de entusiasmo hacia *lady* Beswick y hacia sus métodos y su generosidad sin límites.

Otra cosa, la más leve infracción, una simple sombra de amargura, de temor o de protesta, significaría el desastre para la infractora. Todas lo sabían. Todas obedecían, representando la farsa para la que eran convenientemente adiestradas durante todo su horrible período de internamiento allí, auténtico cautiverio para todas ellas.

La única liberación posible era cuando abandonaban aquel recinto, con destino a un lugar en el que trabajar, ya fuese como doncellas, sirvientas o institutrices.

Y la muy tonta de Annie Beaumont, justo la víspera de abandonar aquel recinto de pesadilla… había escapado.

Nadie entendía cómo obró así. Annie era una muchacha

demasiado lista para reaccionar tan torpemente. En ella, tal actitud era incomprensible por completo.

Ahora, durante estas quietas horas del anochecer, en su alcoba, ahora solitaria, Mabel sollozaba ahogadamente en su lecho. Se quejaba.

Sabrina estaba enterada de que Mabel había sido conducida al despacho de la directora. Lo que allí hubiese sucedido, lo ignoraba. Pero sospechaba lo que pudo ser. Y esto lo confirmaba, desgraciadamente.

Sabrina cerró los ojos, con un suspiro. Se removió en el lecho, inquieta. Su compañera de habitación se incorporó en su cama también, mirándola.

—¿Qué te ocurre? —indagó—. ¿También tú lo oyes?

—Sí, Wendy. Pobre Mabel… ¿Qué le habrán hecho?

—No lo sé —musitó la morena Wendy—. Ni quiero saberlo. Es mejor así.

Hubo un silencio entre ambas. Un silencio oscuro, alterado por gemidos y sollozos que venían de una pared por medio. El cuerpo de una de las muchachas, se agitó inquieto en el lecho. Era Wendy. Sabrina, pese a su nerviosismo, estaba dominándose ahora con mayor firmeza.

—Dicen que Sykes logra provocar el dolor más irresistible del mundo —susurró de repente Wendy, volviendo sus ojos oscuros hacia Sabrina Cole.

—No me sorprende —fue el murmullo de Sabrina—. Sykes es capaz de cualquier cosa que no sea buena. Es un auténtico monstruo.

Otro silencio. Afuera, en alguna parte de las callejuelas angostas y mal empedradas que rodeaban el orfanato, alguien tocaba un manubrio portátil. Un vagabundo, quizá un mendigo que recibía unas monedas en un plato abollado, a cambio de unas notas estridentes y monocordes en la caja de música movida a golpe de manivela.

Sabrina se estremeció. Conocía la melodía, la tonadilla irritante y eterna de los vagabundos del distrito. Todos los manubrios tocaban lo mismo: un viejo vals, triste y cansino, desgranado por la resonancia metálica de la caja. Tenía algo de lúgubre, de siniestro. Como todo lo que rodeaba la edificación, incluida la espesa niebla

londinense y la luz lechosa de las farolas de gas, perdidas en la bruma callejera.

Repentinamente, Wendy empezó a llorar ahogadamente. Ocultaba el rostro entre la almohada y la sábana, como si quisiera acallar su momentánea debilidad. Sabrina se sentó en la cama. La luz lívida de los reverberos de las farolas de gas, reveló la prominencia de sus pechos, entre los encajes del sobrio camisón color crudo. También sus ojos claros, muy abiertos, muy asustados, muy vivos.

—Oh, no… —murmuró—. Wendy, ¿qué te sucede ahora?

—Tengo miedo… —oyó gemir a su compañera.

—¿Miedo? ¿A qué?

—No sé… A todo. Estoy asustada, Sabrina. Muy asustada…

La rubia, esplendorosa y vital belleza de Sabrina se inclinó hacia su amiga, con cierta anhelante expresión en sus ojos claros, en su rostro tenso.

—No hay de qué, querida —murmuró—. Grace y Sarah se marcharon hace poco, para ser respetables institutrices en las mejores casas del Norte de Inglaterra… Annie Beaumont, de no haber sido tan torpe, ahora estaría también camino de un hogar digno y de un trabajo honesto y bien remunerado… Después, nos tocará a nosotras dos. Wendy, tú y yo podemos ser inmediatas en cuanto a hallar un puesto de trabajo, lejos de este horrible lugar… Todas sufrimos este calvario. Wendy. Pero luego está la compensación, la gran esperanza dé nuestro porvenir, con un trabajo honesto y limpio, en una familia respetable, muy diferente a este mundo de la odiosa *lady* Beswick y su disciplina de terror y de opresión…

Se detuvo. Su pausa se acompañó por los gemidos largos, dolorosos, repletos de angustia y desesperación, de una mujer, una muchacha, casi una adolescente, allá a poca distancia de ellas dos, sólo con un muro por medio. En la habitación inmediata. La pobre, infortunada, torturada Mabel Young, la última víctima de las represalias feroces de la directora y de su monstruoso verdugo, Sykes.

—Cálmate, querida —rogó finalmente a Wendy Hadley—. No llores. No temas nada. Estoy segura de que muy pronto nos tocará a nosotras salir de este recinto de pesadilla… Y todo cuanto sufrimos

estos años bajo la disciplina cruel de *lady* Beswick, nos parecerá al fin un lejano y amargo recuerdo, fácil de enterrar en el olvido…

Wendy seguía sollozando. Sabrina hubo de incorporarse, caminar hacia su lecho, con su figura, desnuda bajo el camisón de rígida tela cruda, recortándose contra la luz lívida del exterior. Se inclinó, acarició los oscuros cabellos de Wendy, confortándola. La muchacha estalló en amargo llanto, y se abrazó a ella, desesperada, en una crisis nerviosa inevitable.

Sabrina Cole, sin embargo, continuó tranquila, dueña de sí, tratando de serenarla a toda costa, acariciando y abrazando a aquella débil muchacha que era su compañera de alcoba en el siniestro orfanato de *lady* Joan Beswick, del que tan erróneo criterio tenían las personas situadas fuera de él, más allá de los altos muros de oscuros ladrillos.

Pero Sabrina, mientras tanto, no podía dejar de pensar en aquellos gemidos que, muro por medio, llegaban débilmente hasta sus oídos. Se preguntaba qué sería de Mabel Young, bajo el castigo de los tenebrosos dirigentes del «Sweet Home Garden» de Chelsea.

La respuesta que su mente pudo darle en ese momento, no le gustó nada.

Pero menos aún le gustó que, en plena madrugada, los gemidos y quejas de Mabel dejaran de escucharse repentinamente, sustituyéndolas un profundo e inquietante silencio.

—Dios mío… —musitó Sabrina Cole para sí, estremeciéndose entre las sábanas, que le parecieron repentinamente rígidas y heladas como un sudario—. ¿Habrá… habrá *muerto* esa pobre muchacha…?

* * *

—Muerta… Está muerta, Sykes.

—Muerta… —el verdugo puso un gesto estúpido en su largo, huesudo rostro. Miró aturdido a su patrona—. Cielos, no es posible. No la golpeé tan fuerte…

—Tal vez ha sido su corazón —manifestó fríamente Joan Beswick, echando la sábana sobre el rostro rígido, céreo, de la desventurada Mabel Young—. Nunca podremos saberlo. No habrá

autopsia, naturalmente.

—Naturalmente —sonrió con expresión siniestra Sykes—. No habrá autopsia. El doctor se encargará de eso, ¿no es verdad, señora? Sería desagradable tener que explicar lo de… lo de las señales del látigo.

—No se explicará jamás nada a nadie. Mabel será enterrada en privado, dentro de este orfanato —cortó acremente *lady* Beswick—. El doctor Mulder firmará la defunción. Si alguien desea verla se la maquillará para que no se vean las heridas. No hay problemas, Sykes. Aquí, nunca puede haberlos, recuérdelo… Lo que siento es que esta estúpida haya muerto y no pueda decirnos nada sobre el paradero actual de Annie Beaumont…

—Seguiremos buscándola, señora.

—Y deprisa, Sykes. El tiempo apremia. No me gustaría que ella fuese a la policía y pudiera presentar una denuncia contra nosotros. Si un forense de la policía revisa las tumbas del cementerio privado del orfanato, y otros aspectos de nuestro establecimiento, las cosas podrían repentinamente complicarse demasiado para todos… —sus fríos ojos centellearon, clavados en el esbirro Sykes. Añadió, incisiva, autoritaria—: ¡Buscad a esa maldita Annie Beaumont! ¡Y encontradla, por todos los diablos! Lo antes posible, además. Viva o muerta… ¡pero *encontradla*!

—Sí, señora —afirmó Sykes, servil, retirándose de la alcoba donde yacía el cadáver de Mabel Young, la nueva víctima del tenebroso orfanato de *lady* Beswick…

* * *

Sabrina Cole se apartó de la ventana. Dejó caer la cortina. Dos lágrimas rodaron por sus mejillas. Los ojos tristes dejaron de contemplar la lluvia en el frío exterior. Y el cercado posterior del amplio patio de plantas silvestres, dedicado a cementerio privado. Ya volvían de allí Sykes, la directora, el doctor Mulder y dos sobrios caballeros vestidos de oscuro, en representación de Pompas Fúnebres y del Municipio de Chelsea.

Volvían del funeral. Mabel Young, oficialmente muerta de un ataque cardíaco repentino, había sido ya enterrada en terrenos del

orfanato. No hubo problemas. Nunca los había cuando moría alguien. El doctor Mulder era un borracho indigno, sin conciencia profesional. Estaba dispuesto siempre a firmar lo que fuese, con tal de que *lady* Beswick le pagase generosamente para sus excesos alcohólicos. Eso daba una total inmunidad a la directora del orfanato. Ocurriese lo que ocurriese a cualquiera de las internas, el doctor siempre justificaba legalmente su defunción con un certificado en regla, hallando un motivo de muerte natural.

Con Mabel no había sido diferente. Llevados a cabo todos los trámites normales, se la había sepultado dentro del orfanato. Nadie descubrió en el cadáver huellas de violencia. Nadie sabría jamás que había muerto por culpa de una cruel paliza que su corazón débil no pudo soportar. De cuanto allí dentro, entre aquellos sombríos muros, ocurriese a las jóvenes internas, jamás se sabía nada en el exterior. Aquel era un mundo diferente y despiadado, un mundo de oscuridad, de terror y de sometimiento a la autoridad maligna de *lady* Joan Beswick, la pretendida benefactora de la humanidad que Chelsea creía tener en su vecindad.

Wendy estaba acostada. Boca abajo. De vez en cuando suspiraba, sin fuerzas ya para sollozar. El silencio sepulcral del recinto, era ahora impresionante.

Abajo se oyeron voces. Voces masculinas. Sabrina fue a la puerta. La abrió, asomándose. Escuchó el sonido de aquellas voces de hombre en el vestíbulo. Debían ser los visitantes del funeral.

—… Y ya sabe, *lady* Beswick, que nos tiene siempre a su disposición en todo —decía una de las voces—. Lamentamos este doloroso trance por el que pasa su benéfico establecimiento, por la pérdida de una de sus queridas muchachas, pero confiamos en que el bien que practica usted con todas esas desventuradas jóvenes, y la gratitud y afecto de todas ellas hacia su persona, compensen en parte la pérdida de una de las jovencitas a quien usted quiso dar una vida mejor y más digna.

—No le quepa duda, *lady* Beswick —completó otra voz grave y profunda—, que todo su esfuerzo desinteresado y generoso en la dirección de este establecimiento, va a ser notificado debidamente, para que oficialmente reciba usted toda la ayuda posible en su humanitaria tarea. Ahora, lo mejor es que olvide lo antes posible ese triste final de una muchacha enferma, por quien nada más pudo

hacer, desgraciadamente, salvo llorarla y destinarle un trozo de tierra en este recinto donde todo es humanidad y ternura hacia las internadas.

—Les quedo profundamente agradecida, caballeros —habló la voz trémula de *lady* Beswick, al parecer completamente dominada por la emoción, y el dolor—. Gracias por todo a ustedes, y al buen doctor Mulder, que sabe de mis esfuerzos por dar a todas y cada una de las chicas la mejor atención médica, aparte el trato entrañable que se les concede en todo aspecto.

—Oh, sí, señora —sonó la voz falsamente seria y profunda del doctor Mulder—. Solamente nosotros, los que colaboramos directamente con usted, podemos saber eso a fondo. Y espero que algún día lo sepa todo Londres e Inglaterra entera, para concederle el homenaje que se merece…

Sabrina cerró la puerta, sintiéndose furiosa. Fríamente furiosa. Fríamente furiosa, exasperada. Aquello era lo más cínico y horrible que se podía escuchar. Todo el mundo considerando aquel lugar como un paraíso, ensalzando a *lady* Beswick como a una santa o poco menos. Y la dura, descarnada, feroz realidad, tan diferente a aquel bello cuadro pintado por quienes desconocían el miedo, la angustia y la crueldad escondidas en aquellas paredes sombrías, en aquel orfanato siniestro donde incluso se asesinaba a una muchacha golpeándola hasta morir o hasta que su corazón le fallaba.

—Es vergonzoso, es indignante… —susurró Sabrina, paseando nerviosa por la habitación—. ¿Quién podría convencer a nadie, de entre toda esa gente, sobre el auténtico trato que recibimos aquí, desde que ingresamos siendo unas niñas todavía, y salimos para servir en cualquier residencia lejana de Londres? ¿Quién probaría ante la Justicia que aquí se tortura, se golpea, se castiga ferozmente, e incluso se mata con toda sangre fría? Y que todo el dinero que se recauda es para *lady* Beswick, mientras nosotras recibimos una bazofia de comida, y nos vemos obligadas a trabajar en costuras y labores por las que ellos reciben un saneado beneficio, que ninguna vemos tampoco… así como se ignora adónde va a parar el dinero que las familias les entregan a cambio de nuestra incorporación al trabajo doméstico en sus casas… Hay muchos y oscuros misterios aquí, Wendy. Pero nadie lo sabe, fuera de ese alto muro que nos separa del mundo.

—Annie ha debido cruzarlo —musitó Wendy ahogadamente, sin levantar siquiera la cabeza—. Está fuera de ese muro, Sabrina…

—¿Fuera? No lo sé… —Sabrina se mordió el labio inferior—. Dios lo quiera. Si se queda aquí dentro, si está oculta y la encuentran… no quisiera estar en sus zapatos, Wendy. Las represalias serían terribles.

—Vi al hombre que venía a buscarla desde Edimburgo —susurró Wendy—. Era horrible. Alto, extraño, con el rostro lleno de cicatrices… Vestía como un caballero, eso sí. Pero sus ojos eran ardientes, su expresión maligna… Le oí decir que volvería a por ella mañana, domingo. Y si no está aquí… elegirá a otra cualquiera de nosotras. No sé cuál sea el trabajo que espera a Annie Beaumont, pero aquel hombre me aterrorizó, y eso que apenas le entreví desde el hueco de la escalera. Cojeaba, arrastrando la pierna derecha, rígida por completo. Su voz era tan susurrante, tan ronca.

—Annie debió sospechar algo malo. O quizá escuchó más de lo debido —murmuró Sabrina, volviendo a contemplar el vidrio de la ventana, por el que corría la lluvia, silueteando borrosamente, más allá, la forma de los barrotes de hierro, sólidos y macizos, aquellos barrotes que, como los de una cárcel, las aislaban del mundo, de la libertad anhelada. Suspiró, apoyando la frente febril en el frío vidrio—. Y cuando Annie tenía tan cerca esa libertad… ¿por qué tuvo que huir, desaparecer, ocultarse de todos, para no ir con ese hombre adonde le hubieran encontrado trabajo? ¿Por qué correr el riesgo de ser castigada ferozmente? Es lo que no entiendo. Y es lo que me asusta, Wendy…

—Mabel ha muerto por causa de Annie. Espero que no ocurra nada más ahora…

—¿No? —Los ojos de Sabrina se fijaron en el abandonado y desnudo jardín que moría en las altas cercas sombrías, opresivas e infranqueables. Descubrió la larga y tétrica figura de Sykes, deambulando por entre los cobertizos y edificaciones en abandono.

La búsqueda de Annie Beaumont se reanudaba, a pesar de la intensa lluvia y la neblina que diluía los contornos del orfanato de Chelsea. A pesar del tiempo inclemente y la baja temperatura. Tras contemplar la escena en silencio durante largo espacio de tiempo, añadió en voz baja, tensa:

—Me temo que sí ocurre algo. Ellos siguen buscando, Wendy.

No se cansarán de hacerlo, hasta que Annie aparezca. Y si está aquí dentro, en el orfanato, no te quepa la menor duda…

* * *

Fue la cena más lúgubre que recordaba Sabrina Cole. Y eso que ninguna resultaba allí alegre, ni siquiera por Navidad o Nochevieja. Solamente en las comidas especiales, cuando se anunciaba previamente una visita del exterior, sobre todo si era una autoridad o un banquero, o cualquier clase de benefactor, *lady* Beswick las hacía previamente ensayar las más felices sonrisas y las más radiantes expresiones, para la ficción inmediata.

Si alguna fallaba, la excusa la tenía siempre el doctor Mulder a mano: estaba enferma o padecía melancolía. Luego, cuando la visita se había marchado, el fracaso se pagaba caro, en manos de Sykes, el verdugo de la directora. Y los gritos, frecuentemente, llegaban a oídos de las demás, como el mejor de los ejemplos para que, en otra ocasión, ninguna dejase de mostrar felicidad en el rostro, y un desmedido amor hacia *lady* Beswick.

La comida, naturalmente especial, abundante y bien condimentada, siempre ayudaba un poco a fingir alegría. Después, durante dos o tres días, la restricción en las comidas era intolerable, para compensar «el exceso de alimentación de aquel día», según palabras de la directora.

Esta noche, el sombrío comedor, alumbrado por los globos de gas a media luz y por dos candelabros de plata sobre un soporte en el que se depositaban los platos y cubiertos de las internas, ofrecía el aspecto tétrico de una cámara ardiente.

En la larga mesa, iluminada de modo fantasmal por aquellas luces que no hacían sino acentuar su palidez de cera y la expresión acongojada de sus ojos, las dos docenas de muchachas que constituían ahora todo el pupilaje forzoso de *lady* Beswick, se alineaban, unas frente a otras, taciturnas y cabizbajas, haciendo sonar débilmente la cuchara en el plato de sopa liviana, pura agua turbia con algo de pasta. En los vasos, el agua. Y junto al plato, un trozo oscuro de pan de la peor calidad.

Lady Beswick paseaba entre ellas, lenta y autoritariamente,

contemplándolas altivamente, inexpresiva, vestida de negro enteramente, con cuello y puños cerrados, con encajes de un dorado oscuro. El cabello negro, peinado alto, en un moño apretado, estiraba sus facciones afiladas, que sabían ser crueles o dulcísimas, perversas o tiernas, según las circunstancias.

—¿Qué les ocurre? —preguntó de repente, cuando Sykes apareció, llevando un recipiente con un humeante guisado de fétida carne y hortalizas que hizo cerrar los ojos, con náuseas, a Sabrina Cole y a algunas otras compañeras suyas—. Observo esta noche mucho silencio entre ustedes, señoritas…

El mismo silencio fue su actual respuesta. *Lady* Beswick arrugó el ceño. Sykes empezó a servir el hediondo guiso, que algunas, tal era su hambre, atacaron sin demora, pese al aspecto repugnante de la salsa y de los trozos de carne de ínfima calidad y mal estado.

—¿No quieren hablar? —La voz de la dama sonó tirante, casi metálica—. Es raro… Muchas veces debo advertirlas sobre su excesiva locuacidad… y hoy no quieren hablar. ¿Tanto es su dolor por la muerte de su compañera Mabel?

Hubo otro silencio. Quizá nadie lo hubiera roto, de no surgir la voz fría, profunda y serena de una sola de las huérfanas allí presentes: Sabrina Cole.

—Mabel era una amiga. Una de nosotras. Es justo sentirse triste, ¿no, *lady* Beswick?

—Sin duda —ella se volvió para mirarla con tremenda frialdad, casi agresiva. Estudió a la rubia, erguida y desafiante interna con hosca antipatía—. Señorita Cole, usted es una de las más hipersensibles de mi establecimiento. ¿No le duele también que no sepamos nada de esa desdichada criatura, Annie Beaumont, justamente ahora, cuando iba a tener en Edimburgo su gran oportunidad de trabajar, de ser útil a los demás y a sí misma, abriéndose ante ella todo un camino de esperanzas?

—Es muy doloroso también —asintió Sabrina—. Pero cuando menos. Annie no ha muerto. Y Mabel, sí.

—¿Cómo lo sabe? —Los ojos de *lady* Beswick, centellearon—. ¿Cómo *sabe* usted que Annie Beaumont *no* ha muerto?

—Bueno, lo imagino —se mordió Sabrina su gordezuelo labio inferior. Bajó la cabeza y se estremeció, retirando con presteza su plato, en el que humeaba la fétida carne en salsa—. Mabel ha sido

enterrada hoy. Yace en el cementerio, señora. Y Annie, no.

—Una respuesta muy lógica —habló la dama con gélido acento —. Bien, señorita Cole. No la molesto más. Siga cenando.

—Lo siento. No tengo apetito.

—¿Quiere decir que se niega a comer el guiso? ¿No le gusta la carne de vaca?

—No me gusta en este momento ni el faisán o el más exquisito manjar, señora. No tengo el menor apetito. Creo que no me encuentro bien.

—Deberá comer —silabeó *lady* Beswick, entornando sus ojos con expresión malévola—. He ordenado que esta noche les diesen carne, contra mi costumbre, precisamente para que no se debiliten sus cuerpos tras la impresión sufrida. Pero, eso sí, exijo que se consuma cada ración. No puedo tolerar que, por un abandono estúpido, cualquiera de ustedes pueda enfermar, señorita Cole.

—Su interés por nosotras es enternecedor, señora —habló Sabrina con irónica gratitud en su tono—, pero no podría tomar ni una cucharada. No puedo cenar, lo siento.

—¿No? —Se aproximó a ella, altivamente, la enlutada dama. Contempló el rostro delicado y bello de la muchacha. Luego, observó que los azules ojos de ella sostenían los suyos casi con temeridad. Apretó los labios y añadió secamente—: He dado una orden, señorita Cole. Todas saben lo que es una orden mía. ¿Va a cenar o no?

—No —fue la respuesta. Y separó definitivamente el plato.

—¿Insiste en que no tiene apetito?

—Es mejor decir eso que afirmar que este guiso está hecho de carne podrida y verduras llenas de gusanos, señora.

Un silencio tenso, impresionante, se hizo en el comedor. *Lady* Beswick, con dificultad, alzó su cabeza. Contempló la doble hilera de rostros fijos en ella. Había terror en todos. Pero también una muda acusación, una amedrentada, pero interna coincidencia con la osada declaración de Sabrina.

—Levántese inmediatamente, señorita Cole —ordenó con frialdad *lady* Beswick.

—Sí, señora —afirmó Sabrina, que, respetuosa, se puso en pie, mirándola.

—Acaba de cometer un acto grave de indisciplina y desacato a

mis órdenes.

—Es posible, señora. Pero he dicho la verdad.

De soslayo, *lady* Beswick observó que todas las internas apartaban sus platos, sin tocarlos más, pese a estar casi llenos. Era una fría y silenciosa rebelión. Sykes pestañeó, mirándola con aire interrogante. El ambiente estaba cargado de electricidad.

—¿Y ustedes, señoritas? ¿No siguen cenando? —preguntó ella, acerada.

Dos docenas de negativas. Dos docenas de cabecitas, rubias, pelirrojas, castañas o morenas, negando lenta, pero inexorablemente. Rebeldía. Masiva y también pasiva.

—Muy bien —la voz de ella era casi chirriante. Estaba lívida, tirante su piel como si fuese una máscara de cera—. Se retirarán a sus habitaciones ahora mismo, y en silencio.

Todas ustedes… a excepción de la señorita Cole.

—¿Van a azotarme hasta morir, como a Mabel Young? —preguntó fríamente Sabrina.

Los ojos de *lady* Beswick centellearon. Luego, su boca dibujó un rictus cruel.

—Estoy segura de que su corazón es más fuerte, señorita Cole —susurró—. Resistiría. Pero no es mi propósito hacerla azotar aunque lo merece. Poseo otros medios de persuasión.

—¿El asesinato? —sonrió ingenuamente Sabrina.

—¡Ya basta! —repentinamente colérica, *lady* Beswick descargó un seco puñetazo en el extremo de la mesa, justo sobre el borde de un plato, que volcó, con su hediondo guiso, quebrándolo en pedazos. Uno de ellos cortó su mano en el borde, haciéndola sangrar. Ante los ojos trémulos, asustados, de las silenciosas internas del orfanato, la mano de *lady* Beswick dejó caer gruesos goterones de sangre, que enrojecieron el blanco mantel. Ella habló, incisiva—: Sykes, conduce a la señorita Cole abajo. Al sótano, ¿entiendes?

—¿A… a la celda de castigo, señora? —preguntó Sykes, asintiendo.

—No —negó ella glacialmente—. Al otro sótano. A la bodega.

—¿La… bodega? —Sykes puso gesto de asombro y abrió la boca —. Pero señora…

—¡Ya oíste, Sykes! —rugió ella—. ¡La bodega, sí! No comentes

nada. Quiero que Sabrina Cole pase allí la noche. Mañana será ocasión de ver lo que piensa de su rebeldía…

—Sí… si usted lo ordena así, señora…

—Exacto. Sykes. Llévatela enseguida. Estoy harta de esta intolerable escena. Y ustedes, señoritas, será mejor que se marchen a sus habitaciones ahora mismo. Mañana, domingo, no disfrutarán ustedes de festividad alguna. Harán doble trabajo: costura y limpieza. No habrá recreo en el patio, ni tendrán hora de lectura. Y comerán y cenarán en sus propias habitaciones. Un solo plato por comida, en castigo por su incalificable rebeldía de hoy. ¿Algo que alegar?

Todas la miraron, una a una. Luego, lenta, silenciosamente, con calma, fueron saliendo del comedor, tras dirigir una mirada larga y expresiva a su compañera Sabrina. *Lady* Beswick asistió, fríamente, iracunda, a esa escena de silenciosa, pasiva adhesión a la castigada. Su mano sangraba, envuelta en una servilleta.

—Usted no comerá ni cenará mañana. A las ocho de la noche será sacada de la bodega. Le advierto que grite lo que grite y haga lo que haga, señorita Cole, nadie puede oírla allá abajo. Ni siquiera nosotros. De modo que no malgaste sus energías en escandalizar, porque será completamente inútil. Bien, Sykes, llévala. Y le deseo una feliz jornada en la bodega, señorita Cole…

Sabrina observó una extraña y fría mueca, una sonrisa maligna, en labios de la directora. Lo raro es que Sykes también tenía una torcida expresión perversa, como complaciéndose en algo. Sabrina se preguntó qué sería, pero no atinó con una respuesta, aunque sí llegó a sentir una vaga inquietud, pese a la firme decisión interior que había adoptado, de desafiar incluso a la propia muerte, antes que someterse al miedo latente de aquella siniestra casona.

Sykes había tomado un candelabro en una mano, y un corto látigo de cuero trenzado en la otra. Le indicó, malévolo, el camino de los angostos escalones, húmedos y resbaladizos que, en oscura espiral, conducían al profundo, lúgubre sótano de la casa. Un lugar donde se hallaban varias insanas, tétricas celdas de castigo para las rebeldes, en uno de los lados. Y una vieja bodega, amplia y destartalada, en el otro, donde se guardaban mil heterogéneos objetos, así como botellas de vino en cajas. Vino que ellas rara vez probaban, ciertamente…

Sabrina Cole iba a ser encerrada en esta última ala del subsuelo, entre gruesos muros, rezumantes de humedad, en una oscuridad horrible, entre ratas, insectos y silencio. Sykes se detuvo ante la puerta de hierro, dejando el candelabro en una hornacina del corredor.

Manejó las llaves, viejas, grandes y mohosas. Chirrió lastimeramente la cerradura, y se abrió la hoja de metal entre largos gemidos de óxido. Dentro, un fétido ámbito de tinieblas y humedad, echó su vaharada contra el rostro trémulo de Sabrina. Pese a su valor, sintió pánico de verse metida allí, en sombras, sin siquiera un resquicio de luz diurna, durante veinticuatro horas interminables…

—¡Vamos, adentro! —ordenó Sykes, abrupto, con un destello perverso en sus ojos crueles—. Ya sabe las órdenes, señorita. No me obligue a usar el látigo en su suave piel…

No le obligaría a eso. Sabía que Sykes lo deseaba fervientemente. Disfrutaba con el daño ajeno, especialmente el de muchachas como ella, indefensas, jóvenes, delicadas… Era un monstruo de la peor especie. Un eunuco maligno y despiadado, que se ensañaba en sus víctimas femeninas.

Entró, decidida. Tras ella, Sykes rió, pasando el candelabro al interior, y dejándolo sobre unas cajas de madera, que contenían botellas de vino ya vacías, polvorientas.

—Aquí tiene luz, señorita. Cuando menos, le durarán un par de horas esas velas. Será suficiente para desear que todo siga oscuro el resto de la jornada —dijo, enigmáticamente.

Y sin aclarar el sentido de sus palabras, tan oscuro como el propio sótano en que se hallaban, cerró de nuevo la puerta de metal chirriante. Giró la llave, con chasquido del recio pestillo, y Sabrina se sintió patéticamente sola, olvidada, abandonada por todos.

Pero con un candelabro de tres velones a medio consumir. Su frío sentido práctico se sobrepuso a toda otra idea. Resolvió apagar dos de los velones. Dejaría que casi se consumiera uno, encendería luego otro, y finalmente el último, con la llama del que se consumía, único fuego posible allí, a menos que prendiera fuego a todo, con lo que sólo lograría abrasarse ella o morir por asfixia, sin que las llamas salieran de los recios muros de piedra húmeda y la única puerta de hierro sólido sin más aberturas al exterior.

Sabrina notó que su pulso temblaba. Su mano de largos y

sensitivos dedos tuvo una vibración violenta, llevando consigo aquella única vela encendida, que ahuyentaba sólo nebulosamente las tinieblas. Y con ellas roces de insectos grandes, deslizar de cucarachas entre sus pies, susurro de arañas en las redes viscosas de techo y muros, adhiriéndose a su rostro de vez en vez, con frío contacto pegajoso…

Y ratas. Un galope repulsivo, no lejos de sus piernas. Brillo maligno de pequeños ojillos ratoniles entre las cajas y objetos destartalados…

Sabrina sentía la fría transpiración en su frente, en su rostro todo. Temblaba su labio inferior. También las rodillas. Empezaba a saber lo que era el miedo. Y terminaría, sin duda, por conocer el pánico…

Dio vuelta a una alta pila de cajas de madera conteniendo botellas de vino sin estrenar. El polvo y las telarañas envolvían en una capa gris aquellos recipientes de oscuro vidrio.

Repentinamente, la luz bailoteó ante ella, proyectando su claridad difusa, tenue, espectral, contra algo que brillaba en medio del sótano.

Era un brillo oscuro escarlata vivo. Algo informe, como un maniquí o las piezas de una gran muñeca rota, colgada del muro…

Se acercó, alargó el brazo aprensivamente. La llama amarillenta iluminó aquello.

Un largo, indescriptible, espantoso grito de terror, brotó de los labios de Sabrina Cole. Sus ojos desorbitados contemplaron solamente un segundo la escena horrible. De su mano escapó el candelabro, que se estrelló en el húmedo suelo, rompiendo la vela y apagando su delgada mecha con un chisporroteo.

El grito de pavor continuaba en la oscuridad. Sabrina parecía ver todavía ante ella, a pesar de no haber luces ya, la enloquecedora escena.

Aquella cabeza de mujer, pelirroja, joven y hermosa un día… Aquella cabeza horriblemente hinchada y deforme, colgada de un enorme clavo en el muro… Decapitada, mostrando roja sangre, ya coagulada, seca, en su cuello hendido.

Y debajo en tierra, como un pelele roto, el cuerpo de ella, sin nada sobre los hombros, salvo un sangriento muñón aterrador, junto a un hacha de enorme hoja y curvo filo, totalmente bañada en

rojo, sobre un charco de igual color…

—¡Annie! —Había jadeado entre sus labios convulsos al chillar de horror—. *¡Annie Beaumont…!*

CAPÍTULO III

Peter Shelton, de Shelton, Shelton & Shelton, afirmó despacio, contemplando a su visitante.

—Sí, le comprendo perfectamente, señor Robbins. Es un asunto más frecuente de lo que usted imagina, especialmente cuando se dan esa clase de circunstancias… Naturalmente, no acostumbramos a hacernos cargo de tal clase de cuestiones, porque casi siempre son difíciles, lentas y muy engorrosas. Pero dado el caso que me plantea, haremos una excepción, y nos ocuparemos de ello con sumo placer.

—Es muy amable, señor Shelton —declaró Cedric Robbins, con un suspiro de alivio—. Por un momento, temí que no pudiera usted ayudarme. Y, la verdad, no sabría a quién recurrir, de haberme fallado la firma Shelton. Son los mejores abogados de Londres, ustedes bien lo saben.

—Procuramos ser los más activos y eficientes, eso es todo —sonrió el joven Peter Shelton, el más joven miembro de la firma familiar de abogados del Strand—. De cualquier modo, no quisiera garantizarle nada, porque va a ser una labor tediosa y compleja. En la mayoría de estos casos, los Municipios y parroquias de las pequeñas poblaciones próximas a Londres no tienen hecho un registro demasiado escrupuloso de las personas que nacen allí, y todo son dificultades para localizar a determinada criatura. Después, están los trámites de adopciones o de orfandad y todo ello, que también resultan tan lentas como difíciles.

—No importa nada, señor Shelton. Mi cliente pagará generosamente cuantos esfuerzos lleven a cabo, cuanto trabajo y gastos presenten en su minuta, y no tiene nada que objetar, de antemano, a sus honorarios.

—No se trata sólo de eso, señor Robbins. El dinero allana

caminos, pero no todos. No le estoy presentando el caso para justificar nuestro precio. Somos una firma cara, y eso lo saben nuestros clientes de antemano. Prometemos resultados efectivos, y los hacemos pagar. Pero si le citaba todo eso, no es por el aspecto económico de la cuestión, sino por el tiempo.

—Tiempo… —susurró Cedric Robbins. Asintió despacio, inclinando la cabeza—. Sí, comprendo lo que quiere decir, señor Shelton. Mi cliente… mi cliente no anda muy sobrado de tiempo…

—Por eso se lo decía. La búsqueda puede demorarse un mes… o un año, según se presenten los indicios iniciales.

—¡Un año! —Robbins sacudió su cabeza, canosa y casi calva, con énfasis—. Un año sería demasiado tiempo. Él no dispone de tanto. Los médicos más optimistas le dan solamente seis meses de vida. Los pesimistas, dos o tres.

—Quisiera garantizarle algo —confesó Peter Shelton, incorporándose y paseando su alta y arrogante figura por el despacho confortable. Se detuvo, contemplando pensativo el Strand, bajo la lluvia de un día gris, triste y neblinoso. Un feo sábado, en suma.

—Yo me marcho esta tarde fuera de la ciudad, señor Robbins, y pensaba dedicarme exclusivamente a pescar, fumar en pipa, leer y descansar. Me temo que eso no sea posible, aceptando su caso. Investigaré ya en alguna iglesia próxima. La casa de Dios no se cierra en domingo, pero sí los juzgados y Ayuntamientos.

—Sé que va a ser todo muy difícil. El hecho de disponer de tan escasos datos sobre esa niña, la enfermedad incurable, y mortal a corto plazo, de mi cliente, el señor Wolf…

—Esa niña, señor Robbins, ya no debe serlo tanto —sonrió irónicamente Shelton, volviéndose hacia él, con las manos en los bolsillos de su bien cortado pantalón gris perla—. Me dijo que ha nacido en 1870…

—Exacto —suspiró Robbins, con una sonrisa—. Como el señor Wolf habla siempre de ella llamándola «la niña»… Sin duda por la costumbre de todos esos años esperando encontrarla en alguna parte, ha olvidado que ya será una mujercita de veinte años… Si es que vive.

—Si es que vive —afirmó Shelton, arrugando el ceño—. Exacto, señor Robbins. Eso es otro punto de la cuestión. Tal vez nos

esforcemos en buscar a una muchacha, heredera de una gran fortuna… y encontremos sólo una lápida en cualquier cementerio.

—Esperemos que no sea así. Ese hombre ha centrado toda su vida solamente en ella, en la esperanza y el estímulo de esa muchacha. Sería una tremenda decepción, la última de su existencia, y le haría morir totalmente amargado…

—Sí, estamos de acuerdo. Por mi parte, haré lo imposible por dar con ella, y confío que esté viva. No puedo garantizarle más, señor Robbins. ¿Nos veremos?

—Cuando usted resuelva. Yo iré inmediatamente a Folkestone, a informar al señor Wolf de todo. Espero darle con ello una alegría. Y, cuando menos, una esperanza también.

—Venga a verme aquí dentro de una semana. Espero que para entonces sepa ya algo de esa muchacha. Cuando menos, su nombre actual, su paradero quizá, o el último lugar en donde pudo estar. Eso sería suficiente para iniciar ya una búsqueda definitiva.

—Si lograse eso en una sola semana, señor Shelton, sería usted más que un abogado. Sería, sencillamente, un hacedor de milagros.

—Bueno, eso no creo que quedase muy comercial, puesto en la puerta de mi despacho —rió de buena gana el joven Peter Shelton, hijo de Adam Shelton y sobrino de Stuart Shelton. Y actual titular de la firma de abogados londinenses más prestigiosa de su época: Shelton, Shelton & Shelton, Lawyers.

* * *

—No ha sido un domingo tan malo como imaginaba, Peter.

—No, tío Stuart —convino el joven Shelton, sentado a la orilla del río, con la caña de pesca en sus manos, y el volumen abierto junto a sí, mientras en sus labios humeaba la pipa de buen tabaco. Contempló el cielo nublado—. Sin sol, pero también sin lluvia ni frío. Un apacible día de descanso.

—¿Descanso? —Se asombró Stuart Shelton, mirando a su sobrino con asombro—. ¿Llamas descanso a lo que has hecho hoy? Levantarte a las seis de la mañana, visitar al reverendo, ir a ver a los párrocos de los alrededores, alternando las iglesias católicas con las capillas anglicanas… Tomar el aperitivo con el muy honorable

Rhomas Burke, Mayor de Saint Albans…[2] Almorzar con la señorita Sybil Gridway y la señorita Elizabeth Kilkern, ambas del Juzgado Municipal de Saint Albans. Después, recorrer los caseríos y fincas situados entre Saint Albans y Hertford, para terminar finalmente como un mulo, en este apacible río, intentando que piquen los peces que te has perdido durante la jornada. Nunca vi un día de fiesta semejante, Peter.

—Tenía que aprovechar la ocasión, tío. Entre ir, como cada semana, a Romford, a pasar un día de completo asueto, o venir a Saint Albans, a distancia poco mayor de la capital, opté por esto último.

—Porque aquí tenías trabajo —concluyó Stuart Shelton.

—Digamos que aquí podía iniciar un difícil trabajo, tío. Y así ha sido.

—Buscabas una aguja en un pajar. Eso me dijiste, antes de ir a almorzar con las señoritas Gridway y Kilkern. ¿La encontraste?

—No. Hubiera sido demasiada suerte —negó, golpeando la pipa, ya apagada, en la tierra húmeda, junto al río. Suspiró, echando una ojeada a *The Pickwick Papers*, de Dickens, abierto junto a sí, encima de la jugosa hierba ribereña—. Pero algo he avanzado, tío. Cuando menos, sé que la niña no debe encontrarse aquí.

—¿La niña? ¿Qué niña?

—Olvidaba decirte que ahora me ocupo de cuestiones sentimentales también —dijo apaciblemente Peter Shelton, dejando vagar sus ojos oscuros por la campiña cercana a Londres—. Un viejo moribundo que busca a una nieta perdida…

—¿Hablas en serio? —Pestañeó su tío, perplejo.

—¿Tú qué crees?

—¡Oh, Peter, no puedes meter a *Shelton, Shelton* & *Shelton* en melodramas y folletines dignos de… de ese autor que estás leyendo ahora!

—¿Dickens? Si, él hubiera hecho algo bueno sobre esta historia de la niña huérfana, perdida y bajo nombre supuesto, en alguna parte de Inglaterra.

—Suena a rancio. Y a feo —añadió desconfiado Stuart Shelton —. Sin duda un fruto de algún amor ilícito…

—Es lo que yo pensaba. No, tío Stuart. Es algo más complejo. Y más limpio también, aunque una muchacha pague las culpas que no

tiene. Era hija legítima de un matrimonio muy rico, los Wolf.

—Los Wolf… ¿Los Wolf de Hertford?

—Los mismos.

—Creí que habían muerto todos…

—Murieron los padres de la niña. Pero sobrevive el abuelo, Leonard Wolf. Por poco tiempo, bien es cierto. Padece un tumor incurable. Los médicos le dan entre tres y seis meses de vida. Él quiere recuperar a su nieta antes de morir. Y en eso estamos.

—Pero ¿qué diablos sucedió con la niña, para que nadie sepa ahora dónde está, Peter?

No veo nada claro este asunto…

—Yo tampoco, tío Stuart, lo vi poco claro cuando me lo planteó nuestro colega, Cedric Robbins, abogado personal del viejo Wolf. Pero después… empecé a ver con mayor nitidez.

—Cosa que me gustaría también hacer a mí —refunfuñó su tío.

—No es tan difícil como podría creerse. El matrimonio Wolf fue algo extraño. La esposa no quería tener hijos. Había tenido dos, y los perdió, estando a punto de morir. Eso la hizo rechazar sistemáticamente toda posibilidad de dar a luz. Y así fue durante años. Su esposo se separó entonces de ella, alegando esa razón ante los jueces. Se le concedió la separación y buscó tener hijos con otra mujer. Fueron bastardos, porque la familia Wolf, en especial el viejo Leonard, jamás los aceptó como legítimos, ya que eran católicos de religión, y no aceptaban separación legal alguna. Una vez sola, la esposa tuvo un hijo. Justamente a los siete meses de separarse de su marido. Él no lo supo entonces. Pese a sus esfuerzos por evitar el parto, llegó ese hijo. Era una niña, la pequeña Hazel Wolf. En parte la madre tenía razón en querer evitar otro alumbramiento. Sufrió una embolia, y no murió. Pero quedó mentalmente dañada, medio loca. Sufría crisis tremendas. En una de ellas, escapó, raptando a su hija pequeña, cuando supo que su padre había requerido al esposo, para revelarle que, pese a su separación, había llegado un hijo, fruto de su última época junto a la esposa.

—Cielos, ni a Dickens se le ocurriría semejante melodrama —se vio obligado a confesar Stuart Shelton—. ¿Cómo terminó la historia?

—Mal, tío Stuart —suspiró Peter—. La vida no es una novela, ni de Dickens, ni de ningún otro. Los Wolf no encontraron a la madre,

que posteriormente se descubrió había muerto durante un violento temporal, entre Saint Albans y Hertford, haciéndose pasar por otra persona, dando nombre falso en diversas posadas y alojamientos, e incluso inscribiendo a su hija con nombre falso en alguna capilla o iglesia de esta región, como madre soltera. La niña era muy pequeña, y alguien debió adoptarla, al hallarla junto a la mujer muerta. Ignoramos dónde obtuvieron documentos de adopción y demás, pero forzosamente estará en alguna casa particular, algún establecimiento oficial o algún orfanato. La búsqueda abarca esas posibilidades, tío: si se tramitó legalmente su adopción o internamiento, el nombre que su enloquecida madre dio a la niña, antes de sufrir su crisis y el segundo ataque cerebral, que la dejó sin vida bajo el temporal, en plena campiña. Sabiendo algo de todo eso, tal vez diéramos con la pista de su actual paradero, que su padre, muerto años más tarde, durante un ataque alcohólico, en una taberna del Soho, jamás pudo encontrar. Ahora, el viejo Wolf quiere hallar a la niña. Que será una mujercita, y puede heredar muchos miles de guineas como llovidas del cielo. Esa es mi tarea, tío Stuart. Y espero llevarla a buen fin, especialmente si la suerte me ayuda. En otro caso, me temo que no haya esperanzas.

—Bueno, el folletín se acabó en su primera parte —dijo sarcástico Stuart Shelton—. Cielos, sobrino, ¿y han logrado convencerte a ti para hacer semejante tarea? Es lo último que yo esperaría llegase a aceptar Shelton, Shelton & Shelton. Pero los tiempos cambian, supongo que la minuta al señor Leonard Wolf será sabrosa, y…

—… Y existe una muchacha inocente, que por derecho propio merece una vida mejor, y acaso ahora está arrastrando por ahí su miseria como doncella, muchacha de servir o simple mendiga —le recordó secamente su joven sobrino, tirando de la caña en vano, porque el anzuelo salió vacío—. Es en ella en quien pensé antes que en nadie. Y por conciencia me decidí a ayudarla, aun sin conocerla ni saber nada de ella…

—¿Nada de ella? —masculló su tío—. Siendo una rica heredera, ¿cómo podrá demostrarse ante la ley, e incluso ante su propio abuelo, si alguna vez hallas a una jovencita, que fue de niña la desaparecida Hazel Wolf a quién buscas?

—Bueno, existen pocas pruebas de ello, pero confío en que sean

suficientes —sonrió Peter. Buscó en un bolsillo de su chaleco—. Tengo una medalla con el retrato de la niña, cortado de una vieja fotografía. La otra mitad es el rostro de la madre, y la niña lo llevaba en otro medallón, consigo.

—Un medallón puede extraviarse, tirarse… Los viejos retratos pierden mucho de su significado con los años. Incluso alguien pudo quitárselo…

—Conforme. Pero nadie quita una señal en la piel.

—¿Una señal?

—Sí. Hazel Wolf tiene un amplio lunar justamente bajo su seno derecho… Y ese lunar es inconfundible. Tiene la forma de una perfecta cruz… Su madre dijo que era algo capaz de preservarla de todo mal. Como si la mano de Dios mismo la hubiese tocado, para su bien. Claro que son sólo los comentarios de una madre desequilibrada, pero… la cruz existe en su epidermis, bajo el pecho.

—Una cruz… —Stuart Shelton meneó su canosa cabeza con aire reflexivo—. Sobrino, eso es lo que faltaba para el perfecto folletín. Un lunar en forma de cruz… Espero que eso sea su salvaguarda mejor contra el diablo y las fuerzas del Mal…

—Esperémoslo —convino Peter Shelton, bajando el rostro, no muy convencido, y comenzando a recoger su sedal, mientras caía la tarde sobre el apacible río.

* * *

El domingo tocaba a su fin.

Anochecía. Se estaba incubando un fuerte temporal en Londres. El cielo, negro y sombrío, ofrecía lejano fulgor de relámpagos, procedentes del Canal de la Mancha. El aire tenía el olor azufrado que acompaña a la presencia del demonio o de la tormenta. No tardaría en llover de nuevo, quizá torrencialmente.

El reloj de pie del amplio salón de costura dio las siete. No había ninguna interna cosiendo. Todas habían sido enviadas a las cinco a sus habitaciones. Esa noche se anunció que no habría cena. Sólo un vaso de leche para cada una, con un trozo de pan oscuro. El silencio lúgubre, presidía cada movimiento en la amplia casona, definida en todo Chelsea como el más perfecto y humanitario orfanato de la

época. Y lo malo es que tal vez tuvieran razón. Así estaba la Inglaterra victoriana, desgraciadamente.

Sykes vertió el té caliente en la taza de porcelana. Sobre un plato de fina vajilla decorada, la jugosa carne tierna rezumaba junto a la guarnición bien condimentada, en tanto el vino color rubí centelleaba en la copa de fino cristal, al trasluz de los globos de gas.

—¿Leche, limón…? —indagó Sykes, servil.

—Sólo azúcar —replicó *lady* Beswick, pensativa. Probó un trozo de la tierna, sabrosa carne, y la dejó, con un estremecimiento, al ver correr el sanguinolento jugo desde el filo de su cuchillo. Retiró el plato, sacudiendo la cabeza—. No quiero más. No tengo apetito.

—Bien, señora —tomó el plato, depositándolo en la bandeja de plata. Estudió a la dama—. ¿Le ocurre algo?

—No, nada —negó ella, fría. Probó un sorbo del vino tinto. Lo miró. El centelleo de la luz le dio un tono sanguinolento y límpido, que la hizo dejar la copa vivamente. Cerró los ojos, con un suspiro —. Pensaba en ella…

—¿Ella? —Sykes enarcó las cejas, hirsutas y duras—. ¿La señorita Cole?

—No —negó la directora—. Annie Beaumont.

—Oh, ésa… —Sykes se encogió de hombros. Dejó la bandeja de plata en una mesa accesoria, con servicios. La cena de *lady* Beswick era siempre ceremoniosa y aristocrática: excelentes viandas, la mejor cocina, los mejores vinos, vajilla de porcelana y de plata… Como una gran dama en la mejor mansión señorial. Incluso ella vestía sus mejores galas. Como ahora, con su traje de noche, de un rojo de terciopelo costoso, con un collar de rubíes y diamantes en torno al cuello largo y alabastrino. Con un profundo escote sobre sus senos magníficos. Sykes añadía, pensativo—: Sencillamente, se le fue la mano, señora. Creí que iba a asustarla con el hacha de partir la leña del hogar. Y de repente…

—Sí —silabearon los rojos labios de la mujer, apretándose con fuerza. Su mirada oscura centelleó, agresiva—. De repente, sentí deseos de hacerlo. De castigarla, de hacerla sentir mi furia, mi odio, mi rabia por su actitud. Y lo hice…

Cerró los ojos. Sus manos convulsas se cerraron sobre los cubiertos, encima de la mesa de blanco mantel.

Aún había un esparadrapo y unas gasas sobre el corte de su

mano. Los dedos largos, cadavéricos, se remataban en uñas afiladas, cuidadas. Joyas de valor centellearon en sus dedos, tanto como podían hacerlo sus malignas pupilas.

—Ahora, ya no hay remedio —dijo fríamente Sykes, siempre moviéndose sigiloso y sutil como un espectro.

—No. Ya no hay remedio. Ella está muerta, lo sé.

—El doctor Mulder no podrá firmar una defunción natural —casi era sardónico el comentario de su fiel servidor—. ¿Quién lo haría con una muchacha… *decapitada*?

—Vete al infierno, Sykes —se enfureció ella, volviéndose disgustada—. No pediré a Mulder ningún certificado. Ese viejo borracho podría ser peligroso esta vez. No, Sykes. Nos limitaremos a sepultar a Annie Beaumont. Sin lápidas ni cruces. Ni tumba conocida. Diremos que desapareció. Sólo eso. Que escapó a alguna parte…

—Eso está bien. Pero entonces… encerrar a la otra chica fue un error.

—¿A Sabrina Cole? —*Lady* Beswick tuvo un desdeñoso gesto—. ¿Por qué ha de serlo?

—Bueno, si piensa eliminarla también…

—No, no —se horrorizó la dama—. Demasiadas muertes en poco tiempo, Sykes: Mabel Young, Annie Beaumont… No, no quisiera más problemas por ahora.

—¿Entonces, señora…? Cuando ella salga de allí abajo, dentro de una hora, si es que ha resistido la prueba… dirá a todo el mundo lo que vio…

—Lo sé. —Joan Beswick entornó los ojos, malévola—. Evitaremos que diga nada de momento, mi querido Sykes. Es cosa fácil por ahora. Saldrá como enloquecida, el *shock* de estar abajo… lo que se encontró… Y una inyección oportuna, que la deje dormida por todo un día… A solas, claro. No quiero que vaya a la alcoba de Wendy Hadley. Pasa a ésta con otra cualquiera. Y deja sola a Sabrina Cole.

—Sí, señora. Pero luego…

—Luego, resolveremos lo que se hace con ella y…

Se detuvo. Se puso rígida. Un campanilleo acababa de percibirse en la puerta de las altas tapias de ladrillo y piedra del orfanato de Chelsea. Alguien llamaba, apenas llegada la noche. No podía ser

una visita oficial a aquellas horas, a menos que…

—¿Scotland Yard? —murmuró Sykes—. ¿Serán ellos, señora? Quizá la muerte de Mabel, la desaparición de Annie…

—¿Por qué habría de ser la policía? —Se irritó *lady* Beswick—. Ve a abrir. Tiene que ser alguien conocido. Tal vez… ¡Oh, sí, seguro! Debe ser el señor Allyson…

—¿Allyson? —Se sorprendió Sykes.

—Sí. Irwin Allyson, de Edimburgo… Ya sabes, la honorable familia que iba a llevarse a Annie a Escocia. Quedó en venir hoy, al caer la noche. No le prometí que la chica iría ya con él a Edimburgo… Oh, no sé por qué esa necia de Annie tuvo que obrar así… Aunque no hubiese dejado caer el hacha en su cuello, temo que no hubiera creado sino problemas… Bien, Sykes —dijo, al repetirse el tintineo de la campanilla, en la entrada—. ¿A qué esperas? Ve a abrir a ese caballero…

—Sí, señora. ¿Y… y si fuese la policía? —sugirió Sykes, medroso.

—Si es la policía, déjalos entrar también —sonrió fría y altivamente la dama, poniéndose en pie, tras apurar su té—. Nunca *lady* Joan Beswick tuvo nada que ocultar a la Justicia, dentro de su benéfico establecimiento…

Sykes asintió, riendo sarcástico entre dientes, y abandonando el comedor, en dirección a la puerta de entrada. Afuera, la campanilla sonaba con impaciencia otra vez.

CAPÍTULO IV

No era la policía.

Solamente Irwin Allyson, el hombre de Edimburgo. Vestido de oscuro, con su negro sombrero de chimenea y su negro gabán de vueltas sobre los hombros, su carruaje esperando en la calle empedrada, frente al sombrío edificio del orfanato privado.

Irwin Allyson, impaciente y preocupado. Así parecía estarlo también, cuando le recibió la altiva, solemne y dominante señora Beswick en su despacho de directora del centro benéfico que regentaba.

—Espero que la muchacha haya aparecido… —manifestó roncamente.

Daba vueltas a su sombrero de alta copa y redondas alas. Sus ojos grises y helados parecían llenos de preocupación. Era alto, muy alto. Lleno de cicatrices extrañas sobre el rostro, de mirada fija y carente de expresión. Resultaba profundamente desagradable a la vista.

—¿La muchacha? Oh, sí, sí. Apareció —afirmó gravemente la dama—. Todo se va a arreglar ahora, esté seguro.

—Le dije que era aquélla la que quería, recuerde. No aceptaré arreglos posteriores, si pretende engañarme, señora. Sólo aquélla, no lo olvide.

—Bueno, señor Allyson, ya le he dicho que la muchacha apareció, pero no en qué condiciones, naturalmente… —se mostró meliflua la dama.

—¿Condiciones? —Arrugó el ceño Allyson—. ¿Qué quiere decir? El cheque de diez mil guineas no le será hecho efectivo bajo ningún concepto, señora, si usted no nos entrega a quien se comprometió a entregarnos. A esa joven pelirroja, Annie Beaumont, elegida por mi hermano, tras ver las fotografías enviadas…

—Lamentándolo mucho, eso será imposible. Naturalmente,

pueden ustedes anular su compromiso conmigo, pero dudo mucho que haya nadie que les ayude —sonrió sagazmente la directora del orfanato. Se inclinó hacia él, añadiendo, maliciosa—: Cadáveres, hay muchos. Obtener un difunto de la Morgue, sea del sexo que sea, lo logra cualquiera, a cambio de una buena bolsa, sin más explicaciones. Pero una muchacha viva, una criatura de vitalidad, salud y encantos…

—Alto, señora —cortó Allyson glacialmente, levantando una de sus delgadas manos enguantadas—. No hay nada obsceno ni inmoral en nuestra solicitud. Queremos una chica para ayudarnos en ciertas tareas, eso es todo. Inteligente, culta, educada y sensible. Con aspecto refinado, aire de buena familia y todo lo demás. No va a ir a un prostíbulo, ni va a ser seducida, si es eso lo que sugiere.

—O, por Dios, señor Allyson, ¿me cree tan tonta o tan ingenua? —se burló fríamente de él *lady* Beswick—. Traficar con muchachas adolescentes para simples objetivos sexuales, es tan ridículo como rudimentario. Pese a su puritanismo, la mayoría de jovencitas de hoy en día, en nuestra victoriana Inglaterra, señor Allyson, se prestan voluntariamente a tal comercio, sin demasiados escrúpulos, y sin tener que recurrir a miles y miles de guineas. Yo no soy tan tonta como para caer en manos de la ley por una vulgar y soez maniobra mercantil, a base de meretrices menores de edad. Mis miras van mucho más allá, y ustedes lo saben bien.

—¿Más allá… hasta *dónde*? —quiso saber agudamente el caballero de Edimburgo, con aviesa mirada llena de cautela—. Yo nada le he dicho, salvo…

—… Salvo que deseaban una institutriz joven y distinguida, culta e inteligente, bien parecida y sana, que ayudase a una muchacha a educarse. Eso dijo usted, señor Allyson. Y yo le creí —el rostro de *lady* Beswick reveló astucia—. Pero aunque siempre creo a todo el mundo, luego me gusta investigar, confirmar mis suposiciones. Y ustedes no iban a ser una excepción.

—¿Qué quiere decir? —se irritó Irwin Allyson, tabaleando impaciente con sus enguantados dedos sobre el peluche negro de su sombrero de chimenea.

—Quiero decir que, inicialmente, el precio de la muchacha que irá a Edimburgo, se ha subido algo.

—¿Qué?

—Simplemente en dos mil guineas más, no tema. Sólo doce mil guineas al contado —sonrió heladamente Joan Beswick—. Y la muchacha es suya.

—¡Eso es una fortuna, señora! —se indignó su cliente—. Mi hermano se negará en redondo.

—No sé si se negará, pero deje que termine mi oferta. Tampoco van a llevarse a Annie Beaumont, porque ella ha sufrido un desdichado accidente… y está demente.

—¿Demente? —balbuceó Allyson, abriendo mucho sus extraños ojos luminosos.

—Eso dije. Demente. ¿Les serviría de algo una enferma mental, señor Allyson?

—No, a nadie le sirve una enferma mental, y menos para educar a una niña, pero… —se detuvo, al escuchar una suave carcajada de su interlocutora. La miró glacialmente—. ¿Por qué se ríe? ¿Qué está intentando dar a entender con todo eso?

—Estoy intentando convencerle de que *lo sé todo*. O casi todo. Déjese de tonterías y subterfugios, señor Allyson. He imaginado lo que pretende. Cuando vendo a mis discípulas, es siempre para algo *muy especial*. Ellas van a familias honorables, pero yo percibo un precio *demasiado* alto por su cesión, para que todo ello sea claro y honesto. Ya sé, ya sé que no buscan mujerzuelas ni pretenden seducciones de otro tipo. Es algo más importante siempre. Y yo lo sé.

—¿Usted… *lo sabe*, señora? —dudó Allyson, con cierta nota amenazadora en la voz.

—Sí —ella le miró abiertamente. No revelaba miedo ni aprensión alguna—. Y le recomiendo que, tanto si cierra el trato como si no, no intente nada contra mí. No resolvería nada.

—Lo creo —silabeó Allyson, bajando los ojos—. Creo que somos tal para cual, señora…

—Exacto —rió *lady* Beswick—. Elija, señor Allyson. Pero no tiene otra opción. O doce mil guineas al contado, y una muchacha joven, delicada, hermosa, sensible, inteligente y educada se va con usted a Edimburgo… o no hay trato. Y dudo que abunden los establecimientos dispuestos a darle tal clase de mercancía, en Londres, actualmente, y con la vigilancia de Scotland Yard en torno a cierta clase de personas. Insisto: nada mejor que mi

establecimiento para proveer a clientes como Avery Allyson de la persona adecuada.

—Y, por simple curiosidad, señora Beswick —habló Irwin Allyson, extrayendo de su cartera un cheque bancario por diez mil guineas, y contando billetes de cien hasta un total de otras dos mil, que apiló junto al documento bancario—. Aquí tiene el dinero, pero ¿qué es lo que cree saber sobre mi hermano Avery y la muchacha a quien solicitamos, señora?

Lady Beswick se inclinó hacia él. Le miró fijamente, con expresión glacial Luego, su voz sonó sarcástica, mientras su mano, como una garra, se apoyaba en el dinero:

—Señor Allyson, yo sé que su hermano es profesor en biología… y practica algo que, en tiempos, se llamó «ocultismo», y añora hay quien lo llama «ciencias nuevas»… e incluso oí una vez un nombre que no ha prosperado, y quizá llegue a prosperar alguna vez: parapsicología…

—Ciencias nuevas, ocultismo, biología… —rió entre dientes Irwin Allyson, aunque con una frígida expresión en sus ojos—. Señora Beswick, ¿adónde conduce todo eso?

—A experimentos —dijo ella, incisiva. Se echó atrás, oprimiendo con fuerza billetes y cheque—. A experimentos secretos y prohibidos sobre la vida y la muerte, señor Allyson… en los que una muchacha joven puede que tenga su parte activa…

Hubo un silencio tenso. Allyson pestañeó, como tocado en un punto sensible. La dama soltó una leve risita entre dientes. Ello provocó cierta hostilidad acre en el visitante de Edimburgo.

—Muy inteligente, señora Beswick —murmuró, hosco. Contempló los dedos engarfiados sobre los billetes y el cheque. Señaló, malicioso—. Pero vea… Alguna herida en su mano está sangrando… Sangre en el dinero… Eso puede ser un mal presagio para usted, ¿no cree, *lady* Beswick?

Ella se miró la mano. El esparadrapo se había despegado, y el corte producido la noche antes por el trozo de porcelana, goteaba sangre sobre el dinero. No por ello dejó de aferrarlo como si fuese una hermosa y fría garra pálida.

—Un mal presagio… para ambos, en todo caso —dijo, riendo malignamente.

Y sus dedos, como garras perversas, retiraron aquella fortuna de

doce mil guineas, precio de una mujer joven, de una vida, de un ser independiente, sometido a la más abyecta y ruin esclavitud, al peor destino imaginable. A un comercio tenebroso, más allá de todo lo imaginable…

Porque el silencio del hombre de Edimburgo, respecto a «experimentos», «ciencias nuevas y ocultismo», y prácticas prohibidas por la ley, era de los más elocuentes que podían encontrarse.

Otra mujer iba a cubrir el puesto que dejara libre Annie Beaumont, la muchacha desaparecida en el orfanato.

Otra mujer cuyo destino estaba entre la muerte y… un plan más oscuro y siniestro, allá en Escocia. Sin que ella pudiera dar su opinión al respecto, afirmativa o negativa.

A fin de cuentas, no era sino mercancía humana en manos de una astuta e inteligente arpía llamada Joan Beswick, la dama caritativa de Chelsea…

* * *

Sykes entró, lámpara de petróleo en mano, tras colgar las llaves en su cinturón. En vez del oxidado manojo que le diera paso al sótano húmedo y sombrío, tomó un arma capaz de amedrentar a cualquiera: un mango del que pendían dos cadenas con el remate espeluznante de un par de esferas erizadas de pinchos. Casi un arma medieval, pero reducida a menores y más manejables dimensiones. Capaz, sin embargo, de destrozar un rostro humano de un solo impacto brutal. O capaz de desgarrar las ropas de cualquiera, causándole profundas heridas en el cuerpo.

Dentro de la bodega, ni un ruido, salvo el producido siempre por ratas, alimañas y toda clase de insectos repugnantes. Pero todo eso, a Sykes le tenía sin cuidado. Estaba habituado a ellos, y no le importaba que una araña corriese por sus cabellos, una cucaracha caminara por encima de su calzado o de su mano, y una rata rozase sus piernas, con frío y peludo contacto.

Avanzó unos pasos, entre las pilas de caja de madera. Le sorprendía no captar sonido alguno, salvo los de siempre. Se preguntó qué habría sido de Sabrina Cole, en compañía de una

muchacha decapitada… y dentro de aquel espantoso lugar.

Olfateó el aire. La sangre seca, la carne humana en proceso de corrupción… Todo ello apestaba el aire con una fétida vaharada capaz de enloquecer a cualquiera. Algo que Sabrina Cole había soportado durante veinticuatro terribles horas en solitario, junto al cadáver sin cabeza de una compañera suya, bajo esa misma cabeza colgando de la pared, enganchada a un hierro curvo, goteando sangre oscura por los jirones de su cuello hendido de un hachazo…

Cuando se enfrentó al fondo del sótano, encontró la respuesta. Incluso un hombre como Sykes, sintió que sus cabellos se erizaban ante aquella visión escalofriante.

La visión de una mujer joven, rubia, hermosa, de claros ojos abiertos, demudada expresión, mirada extraviada…

Una mujer que sonreía diabólicamente, que reía entre dientes, que miraba aviesamente a Sykes, que exhalaba un largo quejido extraño, como un estertor, y hundía sus manos en la fétida mancha de sangre coagulada de la decapitada, que embadurnaba sus ropas y cabellos, e incluso su rostro, en la hemorragia mortal de aquella desventurada joven, mientras reía y reía, poseída por la demencia, mirando a la luz, a Sykes, a todo cuanto la rodeaba, como podría hacerlo una bestia demente.

—Cielos… —jadeó Sykes. Y se echó atrás, horrorizado, temiendo lo peor, empuñando el tremendo látigo medieval, hecho de hierros y de púas, esperando un ataque de aquel ser lamentable y aterrador.

Pero en vez de ello, Sabrina Cole, la dulce muchacha del orfanato, condenada a la más espantosa de las suertes, veinticuatro horas en la sombra, junto a sangre humana y carne en descomposición, empezó a cantar.

A cantar una infantil, lejana y melancólica canción de cuna, incorporándose y acariciando contra sí la cabeza tumefacta e informe de su amiga, como si ésta viviera y necesitase dormir, reposar unos momentos…

Su canción resonó lúgubremente en aquel sótano, como la más diabólica de las ironías del destino. E incluso Sykes sintió miedo. Miedo de una muchacha joven cuyas reacciones no comprendía, cuya naturaleza alterada por el horror de unas horas de encierro demoníaco, parecían haber alterado su razón, su alma misma…

—Eh, señorita Cole… —jadeó—. ¿Qué le sucede?

Sabrina Cole le contempló, mientras canturreaba, manchada de sangre humana, extrañamente sucia y convulsa, como un ser realmente diabólico, ajeno a todo cuanto le rodeaba. Su voz, entre aguda y ronca, era como una cantinela llegada desde los propios infiernos, en boca de una de sus demoníacas criaturas.

La canción no tenía sentido ni razón. Ni Sykes hubiese advertido que la tuviese, de ser de otro modo. Lo cierto era que aquella voz que surgía de los labios yertos de Sabrina, era como una amarga, penosa letanía, realmente ingrata de oír. Una serie de palabras sin sentido, de lamentos sin razón, de quejas sin cohesión…

La luz no pareció darle esperanza ni aliento alguno. Se limitó a mirarle estúpidamente. Luego, estalló en carcajadas. Largas, agrias, lamentables carcajadas, que fueron como una hilaridad enfermiza, en aquel ambiente de pesadillas.

—Oh, ya basta, ¡ya basta! —gimió Sykes, angustiado.

E, inclinándose, pegó un golpe en la nuca de la muchacha, tras soltar su látigo de hierro. El golpe, seco y contundente, abatió a Sabrina de bruces, dejándola inerte en el suelo del sótano.

Luego, tras cerrar sus ojos angustiado, sin mirar a la cabeza femenina, que empezaba su proceso de putrefacción en el muro, al cuerpo tendido en tierra, que comenzaba a ser un nido purulento de cucarachas e insectos, y pronto lo sería de ratas voraces, cargó con la inconsciente Sabrina al hombro y, llevando el candelabro en una mano, partió hacia la salida, con aire decidido.

Pronto quedó atrás el siniestro sótano y su trágico contenido. Sabrina Cole fue conducida a una habitación en una planta alta, y allí quedó en espera de que alguien se ocupara de ella, tendida en una cama.

* * *

—Es hermosa, sí. Y joven, y distinguida… —ponderó fríamente Irwin Allyson, estudiando a la yacente muchacha del lecho con dosel—. Espero que su inteligencia y educación corran parejas con su apariencia física, *lady* Beswick…

—Tiene mi garantía, señor Allyson —respondió la directora, erguida junto a la cama.

—¿Su garantía? —Allyson enarcó las cejas—. ¿Me servirá eso de algo en Edimburgo, sí, digamos… la policía llega a acusarla a usted de algo y la encarcela? ¿Qué significaría entonces esa garantía personal suya, *lady* Beswick?

—No puede confiar en otra cosa. Si algo me sucede a mí, usted tendrá ya a su chica, mejor o peor. Y yo no tendré nada. Le prometo que es la clase de mujer que necesitaban. Eso es todo. Si nada me ocurre, pueden venir aquí y pedirme cuentas.

—¿No escaparía usted, en caso contrario, llevándose una fortuna de doce mil guineas consigo? —dudó Allyson, irónico.

—Mi estimado señor Allyson, doce mil guineas es muy poco para lo que mi ambición espera y reclama de este establecimiento y de los años invertidos en él. Cuando una persona sacrifica todo a una obra, sea de la clase que sea, lo hace con total entrega, esperando lo mejor de todo. Y doce mil guineas, con ser mucho dinero, no son todo lo que yo preveía ganar, después de amargar mi vida entera en este recinto, cuidando a niñas estúpidas, muchachas imbéciles y vulgares, y atendiendo a clientes que me repugnan, como usted y su familia, pero que cuando menos compensan eso con un buen dinero, ¿entendido, señor Allyson?

—Usted habla muy claro, sí —suspiró Irwin Allyson secamente —. Aceptaré el riesgo, puesto que no tengo otra posibilidad. Pero sepa que, si algo falla y usted continúa en su negocio, yo volveré aquí…

—Le esperaré, para bien o para mal, caballero —manifestó ella, altiva, dominadora—. Y ahora, buenas noches… ¿Se lleva ya a su muchacha?

—Sí —afirmó el hombre de Edimburgo—. Me la llevo. Preparen todo. Dentro de poco estaremos camino de Escocia…

—Llueve mucho esta noche —señaló Sykes, desde un rincón alejado, señalando las ventanas donde el aguacero nocturno hacía correr torrentes de ruidosa lluvia. Lejanos, retumbaban los truenos. Centelleos cegadores cruzaban el cielo de vez en cuando, con un zigzagueo de vértigo.

—No importa —rechazó Allyson—. Me llevaré a la chica, aunque caigan lanzas de punta, no lo duden. Todo esto urge. De otro modo, el pacto con la señora Beswick hubiera quedado roto de antemano.

—Todo irá bien, usted lo verá —afirmó apagadamente la dama —. Entretanto… aquí estaré para cualquier reclamación, señor Allyson. Buen viaje a Edimburgo…

—Gracias —susurró él—. Espero hacerlo, la verdad Y confío que esta bella muchacha rubia, también llegue allí en condiciones adecuadas…

—Bueno, dirá tonterías tal vez… —carraspeó la dama—. Hablará de alucinaciones, de visiones extrañas… Debe administrarle el medicamento que le dije, aplicarle sedantes durante el viaje… Y, una vez allí… bueno, una vez allí, su hermano, que es un científico, sabrá sin duda cómo tratarla, estoy segura.

—En efecto —rió sarcásticamente él—. Yo también estoy seguro de eso, no lo dude, señora Beswick…

Y, sin aclarar lo que sus palabras podían significar. Irwin Allyson se incorporó, irguiendo su alta figura, revelando en su rostro, surcado de lívidas cicatrices, una expresión de sinuosa astucia.

Poco después, un largo y negro carruaje, con el aspecto de un *fiacre* funerario, abandonaba las cercanías del orfanato, en medio de la torrencial lluvia, llevando dentro a un hombre envuelto en un grueso abrigo negro, abotonado hasta el cuello. Y envuelta en una gruesa tela oscura, en el compartimiento posterior, a resguardo del viento, el frío y las ráfagas de lluvia, una mujer, casi una niña, una hermosa adolescente de largos, sedosos, suaves y lacios cabellos rubios, que parecía muerta o dormida.

Una mujer cuyo destino final era Edimburgo, saliendo del siniestro orfanato de Chelsea.

Una mujer sentenciada previamente a la más espantosa de las muertes imaginables. A algo que, ni ella, ni siquiera el cerebro tortuoso y malvado de *lady* Beswick pudo jamás sospechar.

Algo que estaba más allá de este mundo. Una experiencia espantosa, demoníaca, obra de una mente que fluctuaba, allá en Escocia, entre la locura y la genialidad. Pero, desgraciadamente, al servicio todo ello de una idea dantesca, horripilante e irrealizable…

CAPÍTULO V

Peter Shelton contempló al reverendo Bloch fijamente. El padre Reed Bloch era un hombre alto, fornido, de rojas mejillas, ojos pequeños y azules, muy risueños, y manos anchas, nervudas, de verdadero campesino.

Se ocupaba de la pequeña capilla de aquel villorrio, Greenville, situado a sólo dos millas escasas de Hertford, en plena campiña y junto a un apacible embalse del río. Todo allí parecía pulcro y cuidado. Tras la capilla, había un pequeño huerto que sin duda, cuidaba él con sus propias manos, después de atender los oficios religiosos habituales.

Un puentecillo de piedra, arqueado, separaba la capilla del resto del lugar, formando una sola calle, de edificios de tejados de pizarra, y muros verdeantes de hiedra, resultaba un auténtico rincón de paz y sosiego.

—¿De modo que usted puede ayudarme, reverendo? —preguntó Peter suavemente.

—Eso es lo que dije —asintió el sacerdote, con un enérgico movimiento de cabeza—. Yo sé lo que fue de Hazel Wolf, la niña de los Wolf de Hertford.

—Dios sea loado, menos mal —suspiró el joven abogado—. Llevo recorrida toda la región, y nadie parece saber nada de ella…

—Ha sido particularmente cruel con ella el destino —convino el cura anglicano torciendo el gesto—. Creo que pocas criaturas habrán pasado tan seguido por trances semejantes.

—¿A qué se refiere, exactamente?

—Por favor, pase. Le mostraré mi huerto, y, mientras preparo el trabajo cotidiano en él le serviré una cerveza y charlaremos. ¿Le importa, señor Shelton?

—Por el contrario, iré complacido —sonrió el joven londinense, siguiendo a su anfitrión hacia el huerto, rodeado por unas cercas de

ladrillo, y con la capilla en uno de los extremos, alzando su pintoresca torre en la mañana nublada, pero tranquila y sin lluvia. Todavía eran visibles en los senderos y en las tierras de labranza los charcos dejados por el agua de días atrás.

El reverendo Bloch se remangó la camisa, tras despojarse de su chaqueta negra, y subióse las extremidades de los pantalones, para no mancharlas de barro. Luego, caminó hasta un pequeño pozo, de donde extrajo un cubo, conteniendo agua fría, y unas botellas de cerveza dentro. Sonriendo, ofreció una a su visitante. Shelton tuvo que admitir que el dorado líquido estaba fresco y muy agradable al paladar.

Ambos bebieron en silencio. Luego, el reverendo le contempló, volviendo a afirmar con la cabeza, antes de tomar su azada.

—Sí, señor —convino—. La pobre Hazel Wolf no puede decirse que tuviera demasiada suerte en esta vida.

—Habla de ella como si estuviera muerta, reverendo —se inquietó Peter.

—A veces, vale más que uno esté muerto que viviendo en ciertas condiciones. No sé si, realmente, ella vivirá o no, pero no me sorprendería que lo hiciese tan amargamente como hasta el momento en que perdí su rastro.

—Le escucho, reverendo. ¿Qué fue exactamente de ella?

—Ya conoce usted el principio de la historia: la demencia de la señora Wolf y todo lo demás. Después, la muerte de la desventurada madre, durante un horrible temporal. Un rayo abatió un muro, causándole graves heridas, de las que falleció, dejando abandonada a la niña. Ella le había dado otro nombre, el de Susan Harrison, y con el mismo inscribía también a su hija. Entonces, en Greenville, una familia modesta encontró a la niña, reclamándola para sí legalmente. Como se ignoraba quién era realmente, se les concedió por parte del Municipio y el juez de paz, ya que eran un matrimonio sin hijos, honestos trabajadores y vecinos ejemplares. Entonces ocupaba esta capilla el reverendo McGavin, que se ocupó también de los trámites pertinentes. Y la niña, de Susan Harrison, pasó a ser la hija de unos modestos obreros llamados Charles y Betsy Cole. La pequeña fue bautizada como Sabrina, por sus nuevos padres. Y Sabrina Cole fue desde entonces.

—Bien —se impacientó Shelton, echando otro trago a su cerveza

—. ¿Y después…?

—Ya le digo que el infortunio más completo ha acompañado siempre a esa pobre criatura en todas las ocasiones. Los Cole fueron a Londres a pasar una temporada en casa de unos parientes, con su pequeña Hazel, llamada ahora Sabrina. Un incendio destruyó la casa de los parientes, causando la muerte de los Cole y del esposo de la familia que les acogió. De ese modo, la niña volvió a quedar desvalida, y perdida en una ciudad inmensa como es Londres. Me consta que el reverendo McGavin hizo gestiones para hallarla, recuperarla y ver de traerla aquí, por si alguien más quería adoptarla. Creo que por entonces ya debían sospechar que era la hija de los Wolf. Fuese como fuere, nunca hallaron a Sabrina Cole en Londres.

—Cielos… ¿Y ahí se pierde la pista?

—Ahí, o poco menos. Entre los documentos que el reverendo McGavin dejó en la capilla, relativos a los asuntos del pueblo, encontré un escrito de una institución benéfica de Londres, notificándole que no les constaba el lugar exacto adonde Sabrina Cole había sido destinada por las autoridades, pero que, en tales casos, las criaturas con familia son siempre recogidas y posteriormente enviadas a un orfanato o establecimiento similar, para que allí hagan de ellas personas de una cierta educación y preparación para afrontar la vida sin más medios que los suyos.

—Un orfanato… —se estremeció Peter Shelton, que conocía bien la clase de beneficencia que acostumbraba a practicarse en Londres, a expensas de tan patéticos nombres—. Cielos, sólo he visto salir de ellos a truhanes, granujas, ladrones y rameras, reverendo Bloch.

—Me temo que yo también —suspiró el sacerdote anglicano—. Intenté saber dónde sería, pero en ese sentido no quieren dar informes en Londres. Dicen que es algo estrictamente confidencial, para evitar traumas a los niños.

—Para evitar traumas… —repitió con sarcasmo Shelton—. Supongo que les sobrará con los que reciben ya en esos lugares… Bien, reverendo. Eso quiere decir que la jovencita a quien busco se llama o se llamó Sabrina Cole, y está o estuvo interna en un orfanato de Londres.

—Exacto, señor Shelton —estaba cavando ya con energía—. Es poca cosa, pero resulta todo lo que puedo hacer por usted y por esa

muchacha. Sería hora de que las cosas fueran mejor para ella.

—Esperemos que sí. Volveré a Londres. Y aunque los orfanatos y casas de caridad para niños sin familia, abundan como una plaga, para que sirvan muchas veces de escuelas de rufianes, espero encontrar aquella donde estuvo una vez Sabrina Cole… Gracias por todo, reverendo Bloch. Por la cerveza, por la hospitalidad, y por los informes.

—Oh, no tiene importancia. Si alguna vez quiere conocer la hospitalidad de mis convecinos, no tiene más que visitar Greenville unos días. Todos se desharán por atenderle, esté seguro de eso.

Y dejando su azada, la fuerte mano de campesino del sacerdote, oprimió con calor la de Peter Shelton.

* * *

—Es un trabajo agotador —manifestó Shelton a su visitante. Se dejó caer en una de las confortables butacas de su despacho—. Hoy he recorrido una docena de lugares diferentes.

—Negativamente, supongo —le miró, pensativo, el abogado del viejo Leonard Wolf.

—Negativamente, desde luego. Nadie sabe nada de Sabrina Cole. Y si alguno lo sabía, no quiso admitirlo.

—Ese es otro lado del problema. Según lo que hayan hecho, hablarán o no. Si la han entregado a alguna familia poco honorable, a cambio de dinero, nunca lo revelarán.

—Claro que no. Conozco esos sitios. Casi siempre los convierten en un negocio vil y vergonzoso. La mayoría de criados, esclavizados, hambrientos y maltratados, que pululan por tienduchas y locales de usureros de Londres, salen de esos orfanatos vergonzosos. Y quien los saca de allí, los tiene más como siervos amedrentados que como trabajadores con algún derecho.

—¿Tiene alguna esperanza, Shelton?

—Siempre se tienen esperanzas —resopló Peter. Extrajo de su bolsillo un papel con una larga lista de nombres, calles y distritos londinenses. Tachó unas cuantas líneas con lápiz rojo—. Quedan pocos orfanatos donde buscar. Los oficiales, que dependen del Municipio o del Gobierno, ya han sido visitados. Todos ellos están

completos, y no consta en sus libros de registro ninguna Sabrina Cole. Esperemos obtener algo. Hay uno en el Soho, otro en Hyde Park, un tercero en West Ham, uno en Chelsea… Veremos, señor Robbins…

—Si quiere que yo me ocupe de algo…

—No. gracias —rechazó Shelton, cortésmente—. Yo utilizo un método muy diferente al que cualquier abogado emplearía en este caso, puede creerme.

—¿Distinto?

—Sí. No me presento como quien realmente soy, sino como un caballero que reside fuera de Londres… y busca una chica a cualquier precio. Una chica como institutriz, ya lo remarco bien, pero insinuando algo más turbio y poco honesto, que ellos captan enseguida. Son maestros en la materia, no lo dude. Eso me permite ver la lista de sus internadas, y comprobar que no hay ninguna Sabrina Cole.

—Imagínese que está bajo otro nombre…

—En ese caso, señor Robbins, nunca daremos con ella, hagamos lo que hagamos. Si pregunta usted a alguien por una muchacha determinada, en esa clase de establecimientos, la más de las veces le cerrarían la puerta en las narices. Y si iba con un par de agentes uniformados, se limitarían a negar en todo, sin ánimo alguno de colaborar.

—Creo que, pese a todo, las esperanzas de dar con Sabrina Cole, de esa forma, son mínimas.

—Estamos de acuerdo. Pero al menos, hay una esperanza. De otro modo, no hay nada.

—Bien, hágalo a su modo —suspiró Robbins, incorporándose—. Yo… yo había pensado publicar un anuncio en el *Times*, y ofrecer mil libras esterlinas a quien me presentase a Sabrina Cole, como heredera posible de una gran fortuna.

—Hágalo —sonrió Shelton—. Al día siguiente tendrá un centenar de Sabrinas Cole, con todos sus documentos en regla, esperándole en su bufete.

—Diablo, recuerde que tenemos algo que la identifica: un lunar en forma de cruz…

—Tendrá que desnudarlas el torso para hallarlo —rió entre dientes Shelton—. Y. aun así, corre el peligro de que, apenas corra

la voz, en la segunda remesa de aspirantes, *todas* lleven un lunar, mejor o peor tatuado…

—A eso le llamo yo desanimar a una persona —se quejó Robbins, sombrío.

—No haga caso. Puede hacerlo, en realidad. Pero no creo que dé resultado, salvo si lo llega a leer la dirección del orfanato interesado. Si tiene a la chica, puede que se la envíe, siempre bajo su control. O puede que busque una suplantadora adecuada.

—Correré el riesgo, si eso no le perjudica a usted en su búsqueda…

—En absoluto —rechazó Shelton—. Hágalo, señor Shelton. Yo seguiré mi propio método. Tal vez entre ambos, logremos algo más…

* * *

Sykes abrió la puerta. Estaba lloviendo otra vez. Y torrencialmente. La calle, oscura y empedrada, era apenas visible a través de la cortina de agua. Detenido ante la acera del orfanato, un carruaje negro brillaba, como charol, tirado por dos caballos.

—Buenas noches —saludó el caballero, guareciéndose bajo la marquesina de la entrada—. ¿Puedo pasar?

—No, señor —rechazó el fiel servidor—. Está prohibido dar paso a las visitas de sexo masculino. Este es un orfanato estrictamente para señoritas, ¿comprende?

—Comprendo —se quitó el sombrero, que chorreó agua—. Mi intención es hablar con la directora del establecimiento.

—*Lady* Beswick está ocupada en estos momentos. No es hora de visitas —corto Sykes, secamente, disponiéndose a cerrar de nuevo.

—Espere —cortó el visitante, metiendo su pierna entre la puerta y el quicio. Su mano enguantada extrajo del bolsillo un billete de diez libras, que puso entre los dedos de Sykes—. Es una visita… de negocios. Yo también soy un benefactor de jóvenes huérfanas… en mi residencia de Liverpool.

—¿Liverpool? —Pestañeó Sykes, contemplando primero el billete, y luego al visitante—. ¿Qué quiere decir con eso, señor?

—Dispongo de empleos satisfactorios para muchachas huérfanas,

sin familia. Pago bien. A las muchachas, y al establecimiento que me las proporciona. Todo honesto y legal, por supuesto. No podría hacerlo de otro modo.

Y puso otro billete en manos de Sykes. Éste vaciló, haciéndose a un lado finalmente.

—Pase —invitó—. Veremos si la señora Beswick puede atenderle un momento, caballero. ¿Dijo llamarse…?

—Shelton. Peter Shelton, de Liverpool —habló el alto joven con gravedad.

Sykes le condujo a un amplio vestíbulo con escalera ascendente, suntuosa lámpara de cristal de roca, una hermosa araña de luces, colgada del techo. Y globos de gas en los muros, dando una iluminación suave al lugar. Los muros ofrecían un empapelado color granate oscuro.

—Espere aquí, por favor —dijo Sykes—. Vuelvo enseguida.

Shelton observó su modo de andar, arrastrando la pierna rígida, con una cojera casi siniestra. Se perdió tras la escalera, por un corredor.

Shelton dio unos pasos por la mullida alfombra. Se paró junto a un paragüero y una mesita. Contemplóse en un espejo color dorado. El fondo del vestíbulo era como un lugar extraño y sombrío. Le pareció repentinamente lúgubre. Pero no era sorprendente. Había visto lugares infinitamente peores que aquél.

Sykes regresó en breve. Le hizo un gesto hacia el corredor.

—Pase, señor —invitó fríamente—. La señora le puede conceder cinco minutos. Ni uno más.

—Gracias —dijo con sequedad Peter. Y siguió al extraño individuo.

Poco después, entraba en el despacho de *lady* Joan Beswick. La dama, alta y sobria, con su negro vestido de terciopelo, adornado con encajes amarillos, le recibió, solemne, tras su mesa de trabajo. Le ofreció con un gesto la butaca roja situada frente a ella.

—Acomódese —invitó—. Ya le habrá dicho mi fiel Sykes que sólo puedo concederle unos minutos, señor Shelton. Mis ocupaciones, al frente de este establecimiento, son muchas. Y no es hoy día que concedo a mis visitas…

—Lo lamento. Acabo de llegar de Liverpool, e ignoraba…

—No importa ya. ¿Le envía alguien en particular, señor Shelton?

—Los ojos profundos de la dama, le taladraban agudamente.

—No, nadie en particular —suspiró él—. Sencillamente, quise informarme sobre algún establecimiento así, pero que tuviese buena fama, prestigio… No abundan en Londres por lo que he comprobado, señora. Por fin, en las oficinas del Municipio de Chelsea, me ofrecieron su nombre, señora.

—Sí, son muy amables conmigo —se dulcificó un tanto su expresión. Luego, estudió fija al visitante—. ¿Y dijo usted que busca…?

—Muchachas jóvenes, sin familia. Honestas, inteligentes, bien preparadas… —puso el gesto que un rufián elegante pondría, al fingir algo que dista mucho de sentir—. Bien entendido que es para labores completamente legales y honradas, señora.

—Eso se supone de antemano, caballero —parecía ofendida ella en su dignidad, sólo por el hecho de puntualizar tal cosa—. Espero que pueda usted indicarme la clase de trabajo que espera de ellas, sus exactas necesidades, para que yo le diga si dispongo de jóvenes de tales condiciones para ofrecerle, siempre de acuerdo con la voluntad de ellas…

—Oh, sí, por supuesto. Verá, *lady* Beswick; deseo unas muchachas atractivas, bien parecidas, con educación, disciplinadas y obedientes en todo… Unas jóvenes que resulten discretas, trabajadoras y nada exigentes.

—Es posible que tengamos jóvenes así, pero usted ya comprenderá que eso exige unos trámites, unos gastos… Y si han de integrarse urgentemente a su trabajo en Liverpool, esos gastos se incrementan todavía más… —le estudió, muy fija—. Este es un establecimiento que se mantiene sólo de la beneficencia ajena, hemos dado durante años educación, alojamiento y toda clase de comodidades a esas criaturas, y…

—Por favor, señora, entiendo todo eso muy bien —cortó Shelton, inclinándose—. Yo… yo he pensado que… unas cinco mil guineas por cada muchacha… apresurarían trámites y cubrirían sus gastos…

—¿Cuántas muchachas? —indagó ella.

—Digamos… cuatro. O cinco, señora.

—Son muchas. No acostumbramos a proporcionar tal número a nuestros clientes…

—Lo comprendo. En ese caso… podrían ser treinta y cinco mil guineas por todas ellas. Y asunto concluido.

—Es una buena suma —convino ella. Y con un suspiro, añadió hipócritamente—: Así, las infelices se emancipan, empiezan a vivir en el mundo, a luchar por sí mismas, a abrirse camino… Es hermoso trabajar para ellas. Y para su porvenir…

—Muy hermoso —asintió Shelton, sarcástico. Se puso en pie—. Bien, *lady* Beswick, ¿cuándo podemos cerrar el trato? Le traería el dinero en efectivo, y me llevaría en mi carruaje a las muchachas… Con su correspondiente documento de autorización, claro está.

—Mañana noche, señor Shelton —dijo ella—. Pongamos… a esta misma hora. Le habré preparado la autorización… con los nombres de las muchachas. Y haciendo constar en ella que van a trabajar en labores domésticas en su hogar y su negocio, ¿está bien así?

—Muy bien —las miradas de ambos revelaban mutua ironía. Como dos pillos que se entienden sin palabras—. ¿Puede anticiparme sus nombres, para mis propias diligencias, señora?

Y extrajo una agenda de tapas de negro hule, para escribir. Ella vaciló.

—Bueno, yo… Aún no me he decidido por quiénes de entre mis pupilas, pero… —dudó, y fue a una caja fuerte, empotrada, de donde extrajo un libro-registro, que abrió sobre la mesa. Su dedo recorrió una hilera de nombres.

La mano de ella tapaba los nombres casi en su totalidad. Pero la aguda mirada de Shelton seguía aquella hilera, buscando algo familiar, que pudiera ser Cole, en el apellido, o Sabrina en su nombre.

Observó dos cruces, marcando dos nombres: Mabel Young y Annie Beaumont. *Lady* Beswick no se preocupó de ocultar eso. Shelton tomó nota mentalmente. Pero no vio señal alguna del nombre de Sabrina Cole. Tal vez la hoja anterior… Pero la dama no la giró, llegando a su final.

—Lo siento —dijo—. No encuentro a la totalidad. Puedo darle dos nombres: Wendy Hadley y Judy Clark, pero me falta decidir los demás…

—No importa —Shelton guardó su agenda—. Mañana hablaremos de todo ello, señora.

Buenas noches. Y reciba mi gratitud por todo ello.

—Buenas noches, señor Shelton. Le estaré esperando, con todo a punto.

Peter asintió, abandonando el edificio. Su última ojeada, disimulada, fue para un ejemplar del *Times* doblado sobre la mesa de *lady* Beswick. Justamente por la página de anuncios recuadrados. Y faltaba uno, recortado cuidadosamente.

Él sabía qué anuncio faltaba: el de Robbins, ofreciendo mil libras esterlinas por una pista que le condujese a Sabrina Cole, heredera de una fortuna.

Cuando pisó la calle empedrada, bajo la violenta lluvia, estuvo seguro de que había dado con el lugar. Sabrina Cole estuvo alguna vez en aquella casa. Hubiera podido jurarlo.

Pero tal vez a estas horas había sido vendida ignominiosamente a algún otro *caballero* de fuera de Londres.

—Creo que haré una visita a las oficinas municipales del distrito —dijo, subiendo al carruaje.

Y a la mañana siguiente estaba allí, investigando en torno al orfanato de la señora Joan Beswick.

* * *

Las primeras impresiones no podían ser peores para él.

Allí, todos consideraban a *lady* Beswick algo así como una enviada del cielo. El reverendo Gates y el comerciante Birchen, que formaban parte de la Asociación de Vecinos de Chelsea, habían levantado en sus corazones un verdadero altar para *lady* Beswick, que, pura y sin mácula, se alzaba hipotéticamente en él, extendiendo raudales de luz y amor sobre las cabezas de sus inocentes y protegidas criaturas.

—No es posible —meneó la cabeza, pensativo—. Es demasiado ideal todo para ser cierto. Yo no pude equivocarme anoche. Esa mujer es una perfecta zorra malvada. Pero ¿quién convence a estos majaderos?

Por si fuera poco, el banquero Heyward, primera autoridad municipal de Chelsea, alababa a *lady* Beswick como si ésta fuese la representación del bien y el sacrificio en la Tierra. Los créditos y préstamos bancarios a la dama del *Sweet Home Garden*, eran como

migajas de gratitud a una verdadera santa, digna de los altares.

Como nada podía sacar en limpio de esa cuestión, y era imposible disuadir a los necios habitantes de Chelsea de su error de apreciación, resolvió buscar en la lista de defunciones del distrito, en busca de dos nombres: Mabel Young y Annie Beaumont.

Encontró el primer nombre enseguida. Y los datos pertinentes:

> MABEL YOUNG. Veinte años. Ataque cardíaco. Certificado defunción, doctor Mulder.
>
> Fallecida en *Sweet Home Garden*. Enterrada en el cementerio privado del orfanato.

No halló por parte alguna el nombre de Annie Beaumont. Tras una segunda búsqueda, fue al encuentro del banquero Heyward.

—¿Por qué no figura Annie Beaumont en la lista de defunciones? —inquirió.

—¿Annie Beaumont? ¿Quién es la tal…? Oh, ya recuerdo —asintió el banquero, mirándole con asombro—. La pelirroja y encantadora Annie Beaumont. Una de las más inteligentes y vivarachas jovencitas del orfanato. Ayudaba a veces a *lady* Beswick en tareas de dirección…

—De modo que ha muerto, realmente.

—¿Morir? ¡Oh, no, no! —rechazó con viveza Heyward. Fue al reverendo Gates y le pidió algo. Poco después, mostraba a Shelton una copia de un documento—. ¿Ve esto, amigo mío? Es la autorización del Municipio para que Annie Beaumont pueda empezar a trabajar, como institutriz de la familia Allyson, de Edimburgo. Exactamente, institutriz de la niña Sybil Allyson. Familia honorable, adinerada… Todo en regla. Ya ha partido con ellos.

—Ya ha partido… —Shelton tomó rápida nota de las señas de los Allyson, en Edimburgo. Luego, enarcó las cejas—. ¿Saben algo sobre una joven llamada Sabrina Cole?

—Mi querido señor Shelton, no sabemos nada sobre los nombres de las muchachas allí internadas —se encogió de hombros el reverendo Gates—. Vaya usted a visitar a *lady* Beswick de mi parte, y que ella le informe al respecto. Nosotros sólo recordamos los nombres de las jóvenes que salen de allí, con destino a un trabajo honrado, cuando ya son mujeres capaces de valerse por sí mismas.

Tenga en cuenta que hay dos docenas de muchachas, cuando menos, al cuidado de esa dama…

—¿Siempre las atiende el doctor Mulder, si enferman o fallece alguna, como Mabel Young?

—Sí, siempre. Es su médico. Pero ¿por qué tanta pregunta, señor Shelton? —se intrigó el banquero.

—Oh, por nada —suspiró Peter—. Estamos haciendo una encuesta sobre los orfanatos de Londres, eso es todo… Les he quedado muy agradecido, caballeros.

Se ausentó de las oficinas municipales. Estaba seguro de que algo andaba mal en todo aquello. Algo quizás más siniestro, mucho más de lo que todos imaginaban, incluso él mismo.

¿Por qué *lady* Beswick había puesto una cruz junto al nombre de Annie Beaumont, si no estaba muerta? Mabel sí lo estaba… y tenía otra cruz.

¿Habría ido realmente Annie Beaumont a Edimburgo… o al fondo de una fosa ignorada?

Algo oscuro e inquietante empezaba a tomar cuerpo, en torno al caserón del llamado «Jardín del Dulce Hogar».

Pero ¿qué era ello?

Shelton se preguntaba si la posible respuesta, o cuando menos una de ellas, no estaría muy lejos de Londres, muy al Norte, en Escocia. Exactamente en Edimburgo.

CAPÍTULO VI

Sabrina Cole despertó bruscamente.

Era plena noche. No haría mucho tiempo que dormía. Y habíase despertado con un tremendo sobresalto.

—¿Por qué? —se preguntó, inquieta.

No, no estaba ya en la horrible casona de Londres, en la angustiosa residencia de *lady* Beswick, rodeada de siniestras amenazas y de horrores inconfesables. Ya no.

Ahora estaba allí, en Edimburgo. Entre frío, niebla y humos industriales. En aquella aislada residencia de las afueras, no lejos de las fábricas y los apartaderos ferroviarios de la industriosa ciudad escocesa. En eso, no había ganado demasiado.

Pero cuando menos, estaba la pequeña Sybil, para compensar.

Sybil Allyson era un ángel. Desentonaba, incluso dentro de aquella casa grande, lúgubre, que ella no conocía aún totalmente, puesto que el ala derecha del edificio aparecía siempre vedada a sus movimientos. El desagradable hombre de las cicatrices, el pálido y sombrío Irwin Allyson, le había dicho que nadie debía turbar bajo pretexto alguno el descanso de Gladys Allyson, la esposa de su hermano Avery, y cuñada suya. Ella estaba enferma, muy enferma. Y debía descansar rodeada de silencio y quietud, en aquel ala del recinto, destinada exclusivamente a ella.

Sólo Avery entraba allí para atenderla. Le subía los alimentos, y cada tres o cuatro días, Irwin subía a ocuparse de la limpieza, sin permitir que nadie del servicio lo hiciera. Extraña tarea para un hombre, pero que él asumía con total responsabilidad.

Sí. Era una extraña vivienda aquella. Sabrina no esperaba algo mejor. Había ido allí a la fuerza, y a la fuerza continuaba. Pero, cuando menos, no estaba sometida a la férrea disciplina de la cruel señora Beswick, aunque se preguntaba a sí misma si, llegado el caso, no sería igual o peor la rigidez autoritaria de los Allyson, si

ella pretendía independizarse en algo.

Hasta ahora, no había tenido ni siquiera tiempo de pensar en ello, o de adaptarse al nuevo ambiente en que vivía.

Eran solamente diez días en Edimburgo. Diez días, de los cuales le habían permitido reposar absolutamente los tres primeros. Eso, ya de por sí, era algo insólito para Sabrina, acostumbrada a la dura tarea diaria del orfanato.

Tampoco tenía quejas del trato de Irwin Allyson, duro y seco, pero hasta ahora sin mostrarse cruel o brutal en absoluto. En cuanto a su hermano Avery, apenas si le había visto en tres o cuatro ocasiones, saliendo de su gabinete de trabajo, en los sótanos, con una bata verde oscura, manos enguantadas y gesto cansado.

Era un hombre muy diferente físicamente a su hermano. Ninguna cicatriz, rostro afable y enjuto, ojos pensativos, profundos, una breve barbita recortada, fino bigote canoso… Apenas la miraba, distraído, y a veces hasta sonreía, de un modo vago y como ausente…

—Trabaja mucho —le había dicho un día su hermano, a guisa de explicación—. Es científico, ¿sabe, señorita Cole? Investiga, estudia… Cuestiones biológicas.

No añadió más. Sabrina sabía lo que era Biología. Una amplia ciencia sobre la vida. Y también sobre la muerte. Tenía otras divisiones, como la morfología, la genética, la fisiología, la bioquímica y la biofísica… Pero Sabrina no habló de todo ello a Irwin Allyson.

Era preferible fingir ignorancia en muchas cosas.

Un día, se había llevado un tremendo susto.

Fue cuando vio aparecer a Avery Allyson, procedente del laboratorio… y con sus manos, bata y rostro salpicados de sangre. Su aspecto era estremecedor, y Sabrina no pudo evitar un agudo grito de temor.

Avery Allyson la había mirado pensativo, limitándose a sonreír, y tranquilizándola:

—No se asuste, señorita. Se trata sólo de sangre de cobayas. Me falló un experimento… y han muerto violentamente dos de ellas. Lamento este horrible aspecto que ofrezco…

Sabrina descubrió después, entre los desperdicios, la presencia de dos cuerpos de cobayas medio decapitados, y desangrados. Eso

confirmaba las palabras del investigador.

Y se sintió definitivamente tranquila.

Ahora, pensaba en todo eso, sentada en el lecho. En eso, y en Sybil.

Era una niña notable. Muy inteligente para sus cinco años. Enormemente simpática, angelical, con su larga melena rubia, sus ojos grandes y azules, todo ingenuidad, su figura de muñeca encantadora. Y, sobre todo, su graciosa voz aguda, sus preguntas ingeniosas, su divertida vivacidad para todo.

Había empezado a sentir afecto por la niña. Quizá necesitaba querer a alguien. Y la niña Sybil era merecedora de todo el cariño. Un cariño que, por desgracia, distaban mucho de compartir su tío y su propio padre, aunque hubiesen ido a buscar una institutriz tan lejos de Edimburgo.

Tío Irwin era siempre seco, frío y autoritario con la niña. Ella parecía mirarle con cierto temor. Su padre, sólo vivía para sus estudios y trabajos en el sótano de la vieja y señorial residencia. Rara vez le daba un beso o se acordaba de ella. Cuando terminaba su trabajo, que acostumbraba a ser a muy avanzadas horas de la noche, se le veía subir con la bandeja de alimentos, silencioso y taciturno, hacia el ala prohibida de la casa.

Y allí se quedaba ya mientras Sybil era llevada a dormir por su tío, o por ella, sin recibir siquiera la despedida de cada día de su padre. Extraña familia, por tanto, y extraño comportamiento entre sí. Quizá por todo eso, Sybil resultaba la más normal.

Seguía sin saber por qué se despertó. Miró en torno suyo, a la oscuridad de la habitación. Dormía con el ventanal entreabierto, pese al frío exterior. Quizá por el placer de ver, más allá de la gran vidriera, los edificios y los campos, las fábricas y los trenes, todo ello sin rejas por medio. Claro que era imposible salvar aquellos dos altísimos pisos, sobre un suelo empedrado, en el que se estrellaría cualquiera. Pero la sensación de libertad, sin rejas, era algo nuevo y embriagador para Sabrina Cole.

Era una idea tonta, pero por un momento, al salir de su sueño, había tenido la impresión de *ser observada*. Como si *alguien* la contemplase fijamente mientras dormía. Se incorporó, flotando su blanco camisón en torno a su cuerpo desnudo, y examinó la puerta. Cerrada por dentro, y con pestillo. Nadie podía franquearla. Y no

había más puertas. Se contempló en el gran espejo mural, de cuerpo entero, hasta el suelo, y ciñó más su camisón a la figura, en un instintivo rasgo de coquetería.

Sus curvas, suaves y firmes, su cuerpo en sazón, resaltó entre los pliegues blancos, dibujando formas nítidas, en plenitud. Era todo lo que podía ver. La imagen en el espejo.

No había nadie allí.

Se durmió, más tranquila. Y estaba ya profundamente dormida cuando sonó el leve roce en su habitación, y aquellos ojos ardientes y malignos se clavaron en ella, obsesivos. Sabrina Cole no llegó a enterarse de ello.

* * *

Los días de otoño no eran agradables en Edimburgo.

A las bajas temperaturas, se unía invariablemente el denso nublado que privaba de un tibio sol a sus desiguales calles y a sus pintorescos parques y jardines públicos. Pero cuando menos, aquel domingo no llovía.

Sabrina Cole miró a Irwin Allyson, pestañeando de asombro.

—¿De… de veras puedo salir, señor Allyson? —musitó, atónita.

—Cielos… ¿por qué no? —habló el hombre de las cicatrices—. Todo el mundo tiene derecho a ver la calle. Este es un país libre, señorita Cole.

—¿Libre? —Ella se encogió de hombros—. No sé… Había llegado a pensar lo contrario.

—La entiendo —el hombre de las cicatrices bajó la mirada—. El orfanato, las ventanas enrejadas… Esta es una vida diferente, entiéndalo. Ahora, usted trabaja para nosotros por un contrato que debe respetar. Pero a cambio de ello, percibirá unos honorarios, y tendrá sus fechas libres, podrá irse a un teatro o a un baile, si lo desea. Nadie puede meterse en lo que haga usted fuera de esta casa, siempre que a la hora de costumbre esté aquí de regreso… Pongamos… las ocho de la noche como máximo.

—¡Las ocho! —Abrió mucho los ojos Sabrina. Miró el reloj rural —. ¡Son solamente las tres, señor Allyson! ¿Qué haría yo cinco horas por Edimburgo? No sabría adónde ir…

—Bueno, eso será al principio —sonrió el hermano de Avery—. Cuando lleve algún tiempo aquí, le faltará tiempo para todo, esté segura. De todos modos, si desea irse acostumbrando paulatinamente, tome con usted a Sybil. La niña podría ir a divertirse a la feria. Y usted con ella. Tenga cuidado con sus travesuras. Eso creo que la distraerá un poco más.

—Sí, es una gran idea —asintió Sabrina, feliz—. Iremos Sybil y yo…

—Muy bien. Aquí tiene dos guineas. Espero sea suficiente para sus diversiones.

—¡Dos guineas! Eso… eso es una fortuna…

—Una pequeña fortuna —sonrió fríamente el hombre de las cicatrices—. Ya se irá habituando también al dinero, señorita Cole…

Sabrina corrió a la planta alta, en busca de Sybil, que jugaba en la terraza superior. Iba llamándola por su nombre, alegre, jovialmente. Todo aquello era algo nuevo y excitante para ella.

Irwin Allyson sacudió la cabeza, pensativo.

—Lástima… —dijo—. No disfrutarás mucho tiempo de tu nueva vida. Sabrina Cole… Y se alejó, pensativo, hacia el patio de la casa.

* * *

Todo era excitante aquel día. Todo era maravilloso y embriagador para Sabrina.

La feria, las atracciones, los refrescos y golosinas… Un mundo nuevo y sorprendente, un mundo lleno de increíbles novedades que hacían la vida diferente, que permitían gozar de la libertad plenamente.

Tiovivos, carrusel, casetas de tiro, teatro *guignol*, música, dulces, chocolates, zumos de fruta… De todo quería Sybil, dando saltos de alegría. Y todo tenía que dosificárselo Sabrina, para evitar que acabase maltrecha y con una indigestión.

Cuando empezaron a caer unas gruesas gotas de lluvia, se refugiaron en un pabellón entoldado de la feria, pidiendo dos limonadas. Se contemplaron institutriz y alumna con aire risueño. Parecían tan radiantes la una como la otra.

—Es usted maravillosa —dijo de repente Sybil.

—Gracias, querida —sonrió Sabrina—. Tú sí lo eres. La tarde ha pasado en un momento.

—Señorita Cole, ¿usted no tiene novio? —indagó la pequeña, de repente.

—Pues… no —enrojecieron las mejillas de pronto—. No tengo novio.

—¿Y familia?

—Tampoco. Soy sola en el mundo, Sybil. Ahora sólo tengo a alguien: a ti.

—Me gustaría ser su hija. Pero usted sería una mamá muy joven —ella meneó su rubia cabecita—. Claro que yo no me acuerdo cómo es mamá…

—¿No? —Sabrina la estudió, con asombro—. ¿Quieres decir que… hace mucho tiempo que no la ves?

—Mucho. Casi la he olvidado. Sólo me acuerdo de que es muy guapa. Muy alta. Y tiene el pelo más rubio que usted y que yo… Y unos ojos… Unos ojos muy bonitos. A veces, según les da la luz, parecen rojos…

—¿Rojos? —Sabrina rió—. Nadie tiene los ojos de ese color, Sybil.

—Bueno, papá dice que son color ámbar. Yo no sé lo que es el ámbar, pero cuando le da la luz cerca, parecen rojos… —bajó la cabeza, tomando limonada. Añadió de repente, con aquella facilidad suya para cambiar de tema—: Es gracioso que a todas les pase lo mismo, señorita Cole…

—¿A todas? ¿Qué quieres decir?

—Eso de que no tengan familia, ni novio… Ninguna lo tuvo. Ninguna de ellas.

—¿Ellas? ¿Quiénes, Sybil?

—Las otras institutrices.

—¿Tuviste otras?

—Huy, sí. Muchas. Fueron… tres. No. Cuatro. Cuatro, con la señorita Julie…

—Cuatro institutrices… ¿Cómo tantas? ¿Es que se marchan pronto de tu casa?

—Sí. Muy pronto —afirmó Sybil. La miró dulcemente—. Yo no quiero que tú te vayas como ellas…

—No me iré, si no me echas tú o tu papá, querida.

—Tampoco quería que se fuese la señorita Julie, ¿sabes? Tío Irwin me dijo que nunca se iría. Era mayor que usted. Y no tan bonita, pero era muy buena conmigo… Se fue aquella noche…

—¿Qué noche?

—Yo… yo la vi hacer el equipaje. Pero se iba sin decirlo a nadie. En secreto… Me despidió con un beso. Lloraba, ¿sabes? Y temblaba. Estaba muy asustada. Luego, ya no la vi más. Cuando gritó creí que le pasaba algo…

—*¿Gritó?* —La voz de Sabrina se hizo temblorosa—. ¿Ella gritó después? ¿Por qué?

—No lo sé, señorita Cole. Era de noche. Muy tarde. Salí corriendo al oír sus gritos, pero no vi nada. Sólo su maleta, en el vestíbulo. La busqué, llamándola. No respondió. Al mirar abajo otra vez, ya no estaba la maleta. Debió marcharse. Nunca más ha vuelto…

—Ya —Sabrina bajó la cabeza, repentinamente inquieta. Observó que sus manos temblaban.

—¿Era de Edimburgo?

—Oh, no. Ninguna lo era. Tío Irwin ha ido siempre en busca de señoritas para mí. Tardaba en volver con alguna, como esta vez con usted… No quiero que me deje, ¿me oye? No se vaya, no quiero a ninguna otra señorita…

—No, Sybil —prometió Sabrina, preocupada—. Yo te prometo que no haré la maleta…

Le sonrió, forzadamente, y acarició su bonita cara de muñeca. Sybil sonrió feliz, reanudando su ataque a la limonada.

La tarde ya no fue lo mismo para Sabrina Cole. El regreso a casa, fue particularmente sombrío y triste. Y no sólo por la lluvia, que seguía cayendo sobre Edimburgo.

* * *

Estaba tardando en conciliar el sueño. Tardaba demasiado, aunque ya últimamente había entrado en un leve sopor, cercano a la somnolencia definitiva.

A pesar del frío exterior, de la lluvia y del nublado, tenía calor

en su alcoba. La piel estaba húmeda por la transpiración. Y, por extraño contraste, el sudor era frío. Ella misma temblaba, a pesar del bochorno.

Entornó los ojos, con un suspiro. En su cabeza danzaron extrañas cosas: Sybil, la muñeca rubia. Su invisible madre, hermosa y rubia también, de pelo largo y ojos de ámbar… El investigador Avery Allyson, con sangre de cobaya en sus manos y bata… Tío Irwin, el del rostro deforme de cicatrices, viajando por las Islas, en busca de institutrices sin familia, ni prometido o novio… Un grito en la noche, una maleta olvidada en el vestíbulo, una niña que busca a la señorita Julie, la maleta que ya no está…

¿Qué sucedía allí? ¿Qué estaba pasando entre los Allyson? ¿Cuál era el secreto de la residencia de Edimburgo, del ala cerrada del edificio, del biólogo Avery, del caballero viajero Irwin… y de las desaparecidas institutrices de Sybil, la niña rubia e ingenua?

¿Lo era todo la libertad? ¿Terminaban los problemas de una persona, de una muchacha solitaria y entristecida, con salir unas horas libremente, con ir de sitio en sitio, con subir a un carrusel, tomar una limonada y reír junto a una niña inteligente y alegre?

¿Por qué no podía dormir? ¿Por qué, sin rejas en torno, creía sentir a veces que los muros eran más cerrados que nunca en torno suyo? ¿Por qué, a través de aquellos ventanales, abiertos a la noche, al aire libre, a los suburbios de Edimburgo, humosos y tristones, creía vislumbrar invisibles rejas que se hacían más y más densas, como un siniestro cerco de hierro en torno suyo, cerrándole toda salida posible?

Sabrina Cole sentía miedo. Por primera vez, y sin saber la razón, estaba asustada. Antes había sido diferente. Tuvo miedo de cosas horribles. Aún recordaba el horror del sótano del orfanato, la desdichada Annie Beaumont, decapitada y con la cabeza colgada del muro, en un caos de sangre…

Tembló. No recordaba más. Luego, había perdido el conocimiento. O, cuando menos, no recordaba nada más, hasta que se vio viajando en un carruaje, a través de Inglaterra, hacia el norte. Hacia Escocia.

Quería olvidar. Quena dejar atrás todo aquello. Era preferible. No pensar en Annie, no pensar en *lady* Beswick, no pensar en nada de nada, salvo en ella misma, en su libertad actual, en la casa de los

Allyson que, con todos sus oscuros misterios, le parecía maravillosa, al lado del «Jardín del Dulce Hogar». O, cuando menos, se lo había parecido justo hasta la tarde del domingo.

¿Por qué ahora era todo diferente? ¿Los comentarios ingenuos de la niña? ¿El recuerdo de algo que dijera Wendy, su compañera de habitación, allá en el orfanato londinense?…

«Ese hombre de Edimburgo… Es horrible… Lleno de cicatrices, con esa mirada cruel… Annie ha escapado. A pesar de que iba a salir de aquí, ha escapado… ¿Qué teme? ¿Qué sabrá de esa casa adonde iban a llevarla?».

Y era verdad. Annie Beaumont… Había intentado escapar, cuando menos. Alguien le cortó la cabeza, como en una horripilante versión del final de *Alice in Wonderland*, de Carroll[3]. Había pretendido cerrar su mente a ese recuerdo delirante que la hizo casi enloquecer. No sabía cómo salió del sótano tenebroso y sangriento, cómo recobró la normalidad… Borrosamente, evocaba a Irwin Allyson, medicándola durante el largo viaje a través de campiñas y pueblos ingleses.

Ahora, se encontraba bien. Quería olvidar. Sabía que intentar una denuncia era imposible. Nadie la creería. *Lady* Beswick era tan bondadosa, tenía tal aureola de magnánima… Algo le decía, su propia inteligencia y sentido común, que terminarían encerrándola en un sanatorio para enfermos mentales, uno de aquellos oscuros y terribles manicomios, antes de aceptar su palabra, sus acusaciones contra una supuesta benefactora de la sociedad.

Y, de repente…

De repente, *algo* más estallaba en su vida. Un nuevo terror. Una nueva angustia, suspendida ante ella como una nueva máscara del terror, invadía su ánimo y la hacía verse de nuevo en tinieblas, en un pavoroso *mundo* de peligros y de asechanzas insospechadas.

La mansión de los Allyson, las institutrices de otros lugares… Sybil y sus comentarios triviales, inocentes, que quizá por ello resultaban más terriblemente siniestros… sin ella misma saberlo…

Y su padre, que no se ocupaba de ella… Y su madre, perdida en el ala oscura e inaccesible de la vieja casa…

Estaba durmiéndose, pensando en todo eso. El sopor era ahora más profundo, pese a que no había tomado, como le recomendara Irwin, el vaso de leche templada y la tableta de calmante y

analgésico, cuando afirmó, durante la cena, que le dolía la cabeza.

—Es lógica su jaqueca, señorita Cole —había dicho Irwin, amable, cortés—. Su primer día de libertad, la feria, la pequeña… Sybil ha caído rendida en su cama. Debe tomar un vaso de leche tibia y una tableta de analgésico. Mañana se sentirá como nueva…

Había vaciado el vaso de leche en el lavabo. Y había metido la tableta en alguna parte, pero el dolor de cabeza continuaba, haciendo palpitar sus sienes fuertemente. Tío Irwin tenía razón, sin duda. Su faz surcada de cicatrices no tenía por qué significar nada siniestro ni horrible. No siempre lo más feo físicamente era monstruoso en espíritu. *Lady* Beswick era un ejemplo. Era alta, hermosa, atractiva, señorial, y, sin embargo…

Repentinamente, con sobresalto, Sabrina Cole abrió los ojos, sintiéndose vencida por el nervioso insomnio.

Se encontró con la mujer erguida ante ella, en la oscura habitación. Pálida, fantasmal, los ojos muy abiertos, con un raro destello rojo, sangriento, en el fondo de sus pupilas… larga melena plateada, lisa, suave… Camisón flotante, cuerpo rígido, como el de un espectro.

Erguida al pie de su cama, mirándola con pupilas dilatadas, con una extraña mueca, una sonrisa feroz, que exhibía sus dientes nítidos entre los labios lívidos…

Sabrina chilló agudamente, manoteó, abriendo mucho sus ojos… y se desplomó de bruces en el lecho, mientras en alguna parte, quizá allí mismo, junto a ella, la carcajada de Satanás retumbaba lúgubre, con ecos perdidos en los vetustos muros de piedra…

CAPÍTULO VII

—¿Se encuentra mejor, señorita Cole?

Incorporóse, aturdida. Miró en torno. Por un momento, creyó que soñaba, que el orfanato se había vuelto más luminoso, que había hombres amables en él, atendiéndola solícitos… Luego recordó.

Y ocultó el rostro entre ambas manos, con un sollozo. Recordó la mansión de los Allyson, recordó a la pequeña Sybil… Pero, sobre todo, recordó la visión alucinante de la noche, en su dormitorio totalmente cerrado, hermético… La mujer de ojos sangrientos, de pupilas rojas, contemplándola malignamente desde el pie de su lecho…

—Vamos, debe serenarse —habló roncamente Irwin, palmeando sus mejillas con energía—. Casi me hace caer por la cornisa, cuando oí su grito y traté de entrar, sin lograrlo. Pasé de ventana a ventana, sobre una cornisa que apenas si tiene medio pie de anchura… Y abrí la puerta a mí hermano. Nos ha dado a todos un buen susto. ¿Qué le sucedió, señorita Cole?

Sabrina separó sus dedos de los ojos. Temblando, sollozando, miró a ambos. Irwin era feo y deforme, pero parecía solícito. Avery Allyson, era la viva imagen de la amistad y de la buena fe. Pero estaba muy pálido e inquieto, como si temiera algo. Llevaba su bata verde. Esta vez, sin manchas de sangre.

—Espero que esté mejor —habló el biólogo, preocupado—. Mi hermano me dijo que, tal como gritó, era como si hubiera visto un fantasma.

—Un fantasma… —Sabrina cerró los ojos, con un escalofrío—. Sí, un fantasma… Una mujer rubia, de ojos rojizos, al pie de mi lecho, mirándome… y riendo, creo… ¡Era horrible! No sé cómo pudo entrar. Mi puerta estaba cerrada con pestillo…

—Exacto —sonrió Irwin—. No pudo entrar nadie. Tuve que

abrirle desde dentro a mí hermano. Esa puerta es infranqueable si se asegura con el cerrojo. Desengáñese. Todo fue una alucinación. Su cansancio de hoy, los nervios, las emociones… Además, esta casa tiene corredores y habitaciones inquietantes, hay que admitirlo… Serénese, se lo ruego. Creo que sólo ha tenido una pesadilla, o ha creído ver algo que no existía. Es todo.

Sabrina creía que no era así. Estaba dispuesta a jurarlo. Pero todo era tan confuso…

Bajó el rostro, controló sus emociones.

—Sí… —gimió—. Tal vez sea así… Tal vez…

Hubo un profundo silencio. Los Allyson se miraron. Abandonaron la habitación lentamente tras hacer ingerir a Sabrina Cole un calmante. Cerraron con suavidad la recia puerta del dormitorio. Se miraron de nuevo, ya en el corredor.

—La ha visto… —susurró roncamente Avery Allyson, hundiendo las manos en los bolsillos de su verde bata de trabajo.

—Sí, la ha visto… ¿Qué piensas hacer, hermano?

—No lo sé… —la cabeza del biólogo se inclinó, indecisa—. Creo… creo que hay que hacer algo, y rápido.

—Pero… ¿qué, Avery? —quiso saber Irwin.

Los ojos oscuros del biólogo le contemplaron fijamente ahora. Su voz sonó ronca.

—Tú lo sabes… Todos lo sabemos. Es el momento adecuado.

—Entiendo… —Irwin se estremeció, parpadeando rápido—. ¿Será… *ahora*?

—¿Ahora? No, no es el momento. Tengo que prepararlo todo… Y ella… —señaló a la puerta del dormitorio de Sabrina—. Ella no está a punto tampoco. Tú lo sabes. Ha de estar… en plenitud de facultades. De otro modo, fracasaríamos… como fracasamos antes. Y sería… otra chica sacrificada estúpidamente… No, Irwin. Esta vez ha de ser definitiva. Esa muchacha está llena de vitalidad, de fuerza, de espíritu… Ella valdrá. Más que Julie Alwyn, más que Leilah Dickers, más que ninguna de… de *las otras*… Esta vez ha de ser… *definitiva*.

—Sí, Avery… —Irwin Allyson desvió la mirada—. Sí, entiendo… Será… la última vez.

—La última —musitó Avery. Dirigió una vaga mirada a la bóveda del edificio, al acceso del ala prohibida, a todo el edificio en

sí—. Y ella… será quien fue…

* * *

Peter Shelton contempló pensativo el exterior.

La lluvia corría copiosa por las ventanillas del tren. La macilenta luz del techo, en el compartimiento, alumbraba de modo espectral su rostro y el de sus dos compañeros de viaje, adormilados ambos. Un hombre de negocios de Glasgow, y un cura católico de Aberdeen, con su inseparable libro de los Evangelios contra el regazo de su sotana negra.

Edimburgo estaba cerca va. Al amanecer, estaría en la bella ciudad escocesa. Y comenzaría la búsqueda. La búsqueda de Annie Beaumont. Una Annie Beaumont en cuya existencia no creía en absoluto. Ella estaba muerta, sin duda alguna. Enterrada en el misterioso, hermético cementerio del «Jardín del Dulce Hogar».

Cada vez estaba más seguro de eso. Especialmente, después de lo sucedido con Scotland Yard, la noche antes de partir de viaje hacia Escocia…

Había bastado hablar con un jefe, el superintendente Sodges. A él tampoco le caía bien el orfanato de Chelsea. Se encaminó allá con un forense, un mandamiento judicial y diez agentes uniformados, más cinco policías de paisano, armados de revólver. No hizo falta tanto.

Bloquearon la finca, pero por alguna parte, Sykes y *lady* Beswick escaparon, sin dejar rastro. Más tarde hallaron los pasadizos subterráneos, que daban a callejones próximos. Y desenterraron a la infortunada Mabel Young. El maquillaje se había descompuesto, casi tanto como ella misma. Las huellas de la paliza brutal asomaban en su piel tumefacta por el tormento.

* * *

El cadáver ofrecía un feo aspecto, aunque Mabel debió ser una hermosa muchacha en vida. Bajo la capa de maquillaje, diluido y grasiento, deslizándose como aceite pegajoso y ocre sobre la

verdosa epidermis carcomida, se descubría la purulencia de un cuerpo juvenil, presa de la putrefacción post mórtem. El aire del pequeño camposanto privado, se llenó con el hedor de la carne juvenil corrompida. De su boca que pudo haber sonreído a la vida, brotaba una espuma sanguinolenta, y algún que otro reptante gusano. Los ojos, con los párpados negruzcos y rotos, eran dos cuencas de caldo pastoso y fétido, en el que algo hervía, repugnante.

—Pobre muchacha… —susurró el forense—. Creo que tiene la piel desgarrada a golpes… Habrá que hacerle la autopsia.

—Háganla —ordenó el superintendente. Miró a Shelton por un instante, y le consultó—: ¿Espera hallar algo más?

—Sí —afirmó Peter. Contempló un vecino montículo de tierra, casi aplanado a golpes de pala. Sin lápida, sin inscripción alguna. Lo señaló—. Desentierren ahí, por favor.

—¿Allí? No parece haber tumba alguna… En todas hay lápida, cruz o inscripción, Shelton.

—Lo sé. Pero puede que enterrasen a alguien más. Prueben, se lo ruego.

El superintendente de Scotland Yard asintió. Probaron.

Y resultó.

Lo primero en aparecer fue un envoltorio en trapos, que parecía un enorme balón. Desatadas las telas, surgieron algodones sangrantes, gasas… y *una cabeza pelirroja*.

El horror inmovilizó a los policías. Shelton y el hombre de Scotland Yard se miraron incrédulos.

—Es peor de lo que imaginaba —jadeó Shelton—. Arresten al doctor Mulder. Él debe saber algo de todo esto. Sigan buscando. El cuerpo no andará lejos…

No estaba lejos. Sólo un poco más abajo, en una caja de madera claveteada apresuradamente. El entierro había sido clandestino. Una muchacha joven, pelirroja, hermosa sin duda, aunque ahora aquella cabeza hinchada, violácea, descompuesta y horrible, difícilmente lo hubiese proclamado así. El forense habló sobre el tajo del cuello, con difícil serenidad:

—Un hacha, sin duda. Un filo contundente, y un solo golpe atroz… Es horrendo…

Horrendo. Era la palabra. Volvieron a la casa. Las discípulas,

trémulas y aterrorizadas, esperaban, encogidas en medio de una habitación. Tardaron mucho en ayudar. Sólo lo hicieron cuando el superintendente afirmó que Mabel Young había muerto de una paliza brutal. Y que una pelirroja joven y hermosa, de vestido color calabaza, había sido decapitada de un hachazo, enterrándola subrepticiamente.

Un ramalazo de horror sacudió al grupo femenino. Finalmente, una se desmayó. Y otra habló, serena, dueña de sí, con entereza:

—Era Annie. Annie Beaumont, que tenía que irse a Edimburgo, no hay duda… También ha desaparecido, sin que nadie sepa adónde fue mi compañera Sabrina Cole —y Wendy Hadley se movió hacia Peter Shelton, añadiendo, rotunda—: Lo diré todo, señor. Absolutamente todo… aunque *lady* Beswick vuelva para asesinarnos una a una…

Peter se sintió enternecido. Aferró por ambos brazos, paternalmente casi, a Wendy Hadley. Y le respondió, enfático:

—No temas nada, muchacha. Ya nadie va a venir aquí a haceros daño. Es más, seréis todas libres al fin. Pero te ruego que hables. Habla, y pronto, por si Sabrina Cole puede ser salvada todavía…

Y Wendy habló. Lo contó todo.

Sólo que *lady* Beswick y el siniestro Sykes, no estaban allí para pagar sus atroces culpas en la tenebrosa historia de sangre, muerte, terror y tortura.

* * *

Los lúgubres recuerdos terminaron. La lluvia seguía cayendo, resbalando por las ventanillas, como llanto de invisibles criaturas perdidas en la noche.

Peter Shelton miró a la negrura de la campiña escocesa, por donde el ferrocarril avanzaba hacia su destino. Abbotsford acababa de quedarse atrás. Era de madrugada. Y con el nuevo día, los humos y nieblas de la industrial Edimburgo, surgirían ante el convoy. Border Country, con sus colinas, boscajes y pequeñas y compactas ciudades y pueblos, a ambos lados de las polvorientas carreteras principales, era el sur de la ciudad. Las tierras de *sir* Walter Scott y sus sueños de caballería, desde Ivanhoe hasta Rob Roy o los

Cruzados de Jerusalén. Y las abadías, las ruinas, los castillos medievales…

Un mundo del pasado. Y después, Edimburgo, que era el presente. Y en la histórica ciudad, la búsqueda de Allyson Manor. Y en ella, una muchacha del orfanato de Chelsea. Una muchacha que todos creían era Annie Beaumont. Pero Annie Beaumont estaba muerta. Annie era sin duda, la joven decapitada del cementerio. Sus compañeras, horrorizadas, habían coincidido totalmente. Entonces, ¿quién estaba en Edimburgo? ¿Sabrina Cole, heredera de la fortuna de los Wolf?

La fortuna, pensó Shelton, importaba poco ya. Había cosas peores. Más urgentes. La propia vida, por ejemplo. Los informes que iban llegando de otros sitios, eran desoladores. Muchachas contratadas como supuestas doncellas, cocineras o institutrices, eran sólo jovencitas prostituidas, degeneradas paulatinamente… O encubrían organizaciones de granujas, ladrones, asesinos, salteadores, tramposos de casinos de lujo…

A estas horas, pensó Shelton, con amarga ironía, el reverendo Gates, el banquero Heyward y el tendero Birchen, estarían tirándose de sus escasos cabellos y preguntándose cómo pudo engañarlos tan perfectamente aquella bribona de *lady* Beswick, a quien ellos casi llevaron a los altares de santidad… Lo peor era que el banquero Heyward tendría que dar cuentas a sus jefes del Consejo de Administración. Y eso no sería fácil, ni mucho menos.

El doctor Mulder no había tenido el valor suficiente para rendir cuentas a nadie. Le encontraron muerto en su casa. Se había tomado dos botellas íntegras de ginebra, apenas supo que la policía entraba con mandamiento judicial en el orfanato, exhumaba cadáveres, y *lady* Beswick y su fiel Sykes habían desaparecido como tragados por la tierra. Un ataque de alcoholismo agudo, terminó con su ya maltrecha naturaleza. El *delirium tremens* había sido, sin duda, un medio suave de suicidio para el indigno médico…

Peter Shelton esperaba, cuando menos, llegar a tiempo de hacer algo positivo en Edimburgo. Lo que fuese, pero práctico, capaz de evitar un nuevo horror. Sus informes personales sobre la familia Allyson, eran confusos. Nadie tenía datos delictivos sobre ellos. Pero en Londres, alguien había dicho que Avery Allyson, dueño de la mansión de Edimburgo, era biólogo y se dedicaba a secretas y

prohibidas experiencias científicas.

Era todo lo que Shelton sabía en estos momentos. Esperaba que eso no significase un peligro cierto e inminente para la muchacha de turno, fuese ella Sabrina Cole o no. Pero la oscura biología de 1890, los experimentos prohibidos de un científico, y el hecho de que hubieran buscado como institutriz a una muchacha huérfana, en un sitio tan distante de Edimburgo como era Londres, y en un lugar tan nefasto y terrible como el orfanato de *lady* Beswick en Chelsea, hacía temer todo lo peor a Peter Shelton.

—Cielos… —susurró—. Sólo espero que llegue a tiempo de impedir lo que me temo…

* * *

—Señora, pueden capturamos en cualquier momento… —tembló el hombre—. ¡Si descubren quiénes somos…!

—No seas imbécil, Sykes —se irritó *lady* Joan Beswick, arrebujándose mejor en su capa de inmejorable terciopelo negro—. Si en alguna parte tenemos el medio de salir del país rápidamente, y con dinero, ese lugar es Edimburgo. Los Allyson tienen que ayudarnos. Están obligados a ello, ¿no lo entiendes?

—Sí, sí, pero… Scotland Yard tiene el brazo largo, *lady* Beswick… —gimió el hombre lívido, alto y renqueante, con un temblor que en él no era habitual—. A estas horas ya lo sabrán todo sobre nosotros…

—¿Y qué diablos me importa ya eso? —se enfureció ella, lívida —. Lo peor es que no pudiera sacar el dinero del Banco. La hora a que se presentaron esos hombres… Había que escapar deprisa, o no habría salida posible. Sólo llevo conmigo el dinero que guardaba en el despacho. Demasiado poco para nosotros. Sykes. Necesitamos unos miles de guineas, y pronto. Luego, en cualquier otro sitio, podemos emprender un nuevo negocio similar. Llevo en eso veinte años. Francia, Alemania, Austria, España… En cualquier sitio podré establecerme, con nuevo nombre, ganarme un prestigio… Los Allyson pagarán, no lo dudes.

—Pero… ¿por qué? —Sykes miró afuera, a la infernal, negra noche tormentosa, mientras el postillón conducía la diligencia con

rapidez demoníaca, sobre el fango de los caminos, en dirección norte, a través de Escocia—. Ellos pagaron ya por la chica… No querrán líos. Usted no puede denunciarlos, señora…

—¿Eres imbécil? —soltó un áspero graznido, que era como una risa—. Esa chica. Sabrina Cole, vale millares y millares de guineas. Es rica. Heredera de una enorme fortuna. Tiene un lunar en forma de cruz bajo el seno derecho. Es ella. Yo le vi ese lunar muchas veces. Para todos. Annie Beaumont es la que está en Edimburgo. Los Allyson y yo sabemos que no. Haremos un pacto. Los Allyson necesitan a la chica. Yo también. Pagarán bien, para que olvide la historia de la herencia. Son ricos. No necesitan el dinero de ella. Es a ella a la que necesitan, ¿no lo entiendes, querido?

Sykes se encogió de hombros, torpe y necio como un monigote.

—Me pregunté siempre para qué… Esos tipos no parecen de los que comercian con menores para prostituirlas…

—¿Prostituirlas? —*Lady* Beswick rió de nuevo—. Oh, no, estúpido. No es tan vulgar. Ellos buscan otra cosa… Algo infinitamente superior y más terrible… ¿Es que no conoces la historia de la esposa de Avery Allyson, la hermosísima Gladys Allyson?

—No, no la conozco. ¿Qué le ocurre, señora?

—Ella… ella lo tiene todo: belleza, personalidad, fortuna, poder… Pero le falta algo. Algo que sólo una mujer joven y llena de vitalidad posee… Ese es el grande, el increíble experimento planeado por Avery Allyson, Sykes…

—¿Experimento? No entiendo… ¿Qué le falta? ¿Sangre? ¿El corazón? ¿Algún miembro?

—No, Sykes… Algo más. MUCHO MÁS que eso… —los ojos de Joan Beswick revelaron una expresión delirante, diabólica casi, cuando añadió, con voz aguda, de posesa—: ¿Sabes, Sykes? La esposa de Avery Allyson ESTÁ MUERTA. Murió hace tiempo, en un experimento de su marido, entre la vida y la muerte… Pero logró revivirla con otro experimento increíble… Ahora, ella *vive*. Existe como mujer. Se mueve, parece normal… pero NO ES normal…

—Cielos… —Sykes, mortalmente pálido, con un terror supersticioso, tembló al resonar en el exterior del negro carruaje un poderoso trueno, mientras un centelleo cárdeno iluminaba con lívidos resplandores el paisaje agitado por el viento y la lluvia—.

¿Qué… qué es lo que le falta para ser… *normal*?

—EL CEREBRO, Sykes…

—¿*El cerebro*? —Sufrió un violento escalofrío su servidor, bañado en transpiración helada—. No, no… Eso… nadie puede darlo o quitarlo, señora…

—No entiendes, Sykes… La mujer muerta, resucitada por un prodigio biológico de laboratorio, es sólo un perfecto mecanismo humano que precisa del órgano vital de OTRO ser… De una mujer joven y vigorosa como ella… Sabrina Cole, a través de un nuevo experimento, a través de otra maravilla bioquímica de Avery Allyson… DONARÁ su mente humana, su sensibilidad, sus ideas, sus sentimientos todos, a una especie de máquina humana como es ahora la hermosa Gladys… Cuando todo termine, Sabrina Cole será un cuerpo dotado de una pura vida orgánica, sin cerebro. Un muñeco. Un autómata… Estos habrán pasado a Gladys Allyson… Hasta ahora, probaron con otras muchachas, fracasando siempre. Ellas fueron exterminadas después. Pero ahora, Avery lo tiene ya todo resuelto, todo a punto… y va a intentarlo por última y definitiva vez. ¿Lo entiendes, Sykes? Eso me contó un día Irwin Allyson… y Annie Beaumont, espiando, lo escuchó… Por eso quiso huir, la muy estúpida…

—Entonces… ¿va a dejar que a esa chica le hagan tal cosa? ¿Que su mente, sus pensamientos todos, pase, pase a otra mujer que es una muerta en vida? —jadeó Sykes, trémulo.

—Sí, amigo mío —rió ella—. Voy a dejar que lo hagan… pero a cambio de los miles de guineas suficientes para pasar a Francia a iniciar una nueva vida…

Y su nueva carcajada se confundió con un formidable trueno que hizo relinchar a los caballos y apresurar su galope sobre el fango del camino, hacia Edimburgo…

CAPÍTULO VIII

Avery Allyson contempló el rígido cuerpo tendido en el lecho de amplio dosel. Puso los alimentos junto a ella, en la mesilla.

—Come, Gladys —ordenó, seco.

—Sí, querido —susurró ella, como una simple respuesta mecánica—. Comeré.

Se sentó. Le miró, inexpresiva. Tomó la bandeja. Comenzó a comer con lentitud. Su gesto no revelaba emoción alguna. Era una simple máscara. Una máscara sin vida. La de una mujer rubia, de ojos ambarinos. Como tallada en cera.

—Dios mío, Gladys… ¿por qué? —musitó roncamente—. ¿Por qué esto?

Ella le miró sin dejar de comer. Estúpidamente, con ojos yertos, con la faz rígida, con la boca tirante. Era un cadáver aún. El mismo cadáver a quien él diera vida aquella terrible noche lejana, en que ella quiso ayudarle en sus experimentos… y recibió una descarga de alto voltaje, muriendo en el acto…

Había sido titánico resucitar a un cadáver. Luchó con todas sus fuerzas, y lo logró. Pero distaba mucho de ser un triunfo. Gladys volvió a vivir, sí. Pero ¿qué se hizo de su risa juvenil, de su optimismo ante la vida, de sus emociones, de sus sentimientos? Ahora era un muñeco, una criatura inexpresiva, sin reacción ante nada, sin sensibilidad, sin vida real ni afectiva. Sin reacciones posibles… Un cuerpo vacío. Un cráneo hueco. Una máscara hermosa de vida, con el horror del vacío, del silencio, de la ausencia total de ideas detrás… Con un injerto cerebral mecánico, por todo cerebro…

Y aquello era lo que tenía que recibir vida. Aquello era lo que debía cambiar, para ser de nuevo *su* Gladys. Sólo que ya iban cuatro vidas jóvenes sacrificadas estérilmente. Las muchachas no sobrevivieron. Al terminar la prueba, eran cuerpos estremecidos,

convulsos, llenos de pavor a lo desconocido, el extraño viaje biológico, más allá de la misma muerte, al reino mismo del horror y de lo monstruoso.

Hubo que sacrificarlas. Piadosamente, claro. Una inyección. Y la muerte. Era mejor que dejar a más seres como… como Gladys, que momentáneamente, durante unos minutos, tras la experimentación, parecía volver a ser la de antes. Pero eso duraba unos momentos. Y luego, súbitamente, todo regresaba a su punto negativo, y el espíritu vital se evadía de la mente y el organismo todo de Gladys. Ella volvía a ser un muñeco frío, impersonal, deshumanizado.

Era el fracaso. El nuevo fracaso. El volver a empezar…

Y así una, otra vez… Así siempre. Así hasta que resultara.

—Eso será ahora —musitó—. Ahora… o nunca. Ya está todo. Tengo el procedimiento. No es cuestión simplemente de los ácidos de origen genético… Hay más. Algo más. Y ya lo tengo. Cuando se produzca el trasplante de cerebro, del elemento básico del ser humano… haré lo que debo hacer. Y todo estará bien, para siempre. Gladys será de nuevo, la que fue… ¡*Tiene* que serlo, de una vez por todas!

Se volvió. Irwin, su hermano, acababa de entrar en la alcoba. Afuera, en la noche, llovía torrencialmente. Ambos se miraron.

—¿Ella sigue durmiendo? —preguntó Avery.

—Sí. Ella duerme aún. Mañana estará tranquila, serena… Todo irá normalmente. Y durante la cena, le administraremos el fármaco. Será trasladada al laboratorio. Luego…

Avery miró a aquella máquina humana, de rostro terso, de ojos inexpresivos, que era la rubia e inerme Gladys Allyson. Y declaró con lentitud:

—Luego, todo irá bien… Gladys no volverá a ser un simple autómata viviente, un fantasma que pasea por los pasadizos de la casa y se mete en la habitación de Sabrina Cole o de cualquier otra persona, a través de los grandes espejos que ocultan los accesos secretos. ¡Ella será de nuevo mi esposa, la madre de Sybil, la maravillosa mujer a quien perdí!…

Y había rabia, ira, dolor y esperanza en sus palabras desgarradas, en su gesto desesperado y violento.

En su lecho de alto dosel señorial, la viviente máscara humana que era Gladys Allyson, continuó su comida, invariable, remota,

hermética. Como ajena a todo aquello que la rodeaba, y que intentaba dotarla de lo único que su cuerpo, un simple cadáver resucitado científicamente, ya no poseía: una mente, un centro motriz para su cuerpo insensible… Una mente. Un cerebro…

Todo lo que ella poseía. Avery Allyson la vio pasar lentamente, tendida en la camilla. Las ruedas giraban sobre el suelo de baldosas de la residencia, empujadas por el silencioso Irwin. Ambos hermanos cruzaron una mirada tensa.

* * *

—Espero que resulte, Avery —musitó Irwin—. Si hemos de seguir… sería demasiado.

—No habrá otra víctima —aseguró fríamente Avery, ajustándose los guantes elásticos, adheridos a sus largas y sensitivas manos. Contempló a la joven hermosa, rubia, cérea, inerte en la camilla, rumbo a los laboratorios del sótano—. Te lo dije. Es la definitiva, Irwin.

—Así sea —murmuró el hombre de las cicatrices, sombrío. Miró arriba, al piso alto. Añadió pensativo, ya cerca de la angosta entrada al sótano—. A Sybil costó dormirla hoy. Estaba inquieta, nerviosa… Espero que ella no sospeche nada…

—No sospechará. Es una institutriz más. Sólo eso. La olvidará en dos días. Y vendrá un día otra. Espero que alguien se quede para siempre, educándola… y con Gladys a su lado, como madre amorosa…

Irwin se encogió de hombros. Parecía escéptico sobre todo eso. Pero siguió adelante.

Hasta que sonó la campanilla de la puerta, repentinamente. Con cierta insistencia brusca y autoritaria.

Avery palideció. Irwin se detuvo, con el cuerpo rígido de Sabrina Cole bajo la sábana que cubría la camilla. Cambiaron una ojeada preocupada ambos hermanos.

—No espero a nadie —susurró Avery, ceñudo.

—Yo tampoco. ¿Quién puede ser?

—No sé —jadeó—. Lleva abajo a la chica. Luego, sube, y cierra. Preguntaré, entretanto.

Irwin asintió. Desapareció por la puerta de comunicación al sótano. Avery Allyson se movió hacia la puerta. La campanilla seguía sonando. Una y otra vez.

Se detuvo junto a la puerta de la casa. Preguntó, tensa su voz:

—¿Quién llama? Deje de golpear la campanilla, por favor…

Cesó el campanilleo. Una voz fría sonó fuera, entre el rumor de la lluvia de aquella noche del lunes:

—Soy *lady* Beswick. De Londres. Directora del orfanato de Chelsea «Jardín del Dulce Hogar»… Vengo en busca de Sabrina Cole, señores Allyson. ¿Van a abrirme o prefieren que acuda a la policía?

* * *

—Allyson… Allyson… —el policía del puesto de distrito, se rascó la cabeza, bajo su gorra de uniforme. Sacudió la cabeza—. Hay muchos Allyson en Edimburgo, señor.

—Lo sé —afirmó cansadamente Peter Shelton—. Estoy recorriendo todas las comisarías de la ciudad. Alguien me dijo que hay unos Allyson al sur de la ciudad, cerca de los apartaderos ferroviarios y las industrias laneras…

—Oh, ésos… ¿Se refiere al profesor Avery Allyson, tal vez? —animóse el policía, atusándose su pelirrojo bigote frondoso.

—Tal vez sea ése, sí —convino Shelton—. ¿Dónde reside ese profesor, agente?

—Bueno, espere un momento… —examinó un plano del distrito, antes de sacudir con energía su maciza cabeza—. Sí, ya recuerdo. Es Scottish Land, Avenida Sudoeste… Más allá de la zona suburbana de ferrocarriles… Allí viven los Allyson. Buena gente. Adinerada, amable, sin problemas… ¿Por qué se preocupa por ellos, señor?

—Por nada, agente —suspiró Peter, encaminándose a la salida de la comisaría, bajo la pálida luminosidad de los globos de luz de gas—. Por nada… Gracias de todos modos. Ha sido muy amable, palabra…

Se perdió en la sucia niebla de Edimburgo, camino de alguna parte. Hacia el sur de la ciudad, oscura y húmeda en la noche de octubre…

* * *

Sabrina despertó súbitamente.

Sus ojos pestañearon, heridos por la luz. Luz cruda, vertical, dañando sus pupilas, que miraban al techo. Muchas luces de gas. Y algo más. Centelleos extraños, en unas máquinas complicadas. Arcos voltaicos, de un verde fosforescente, zumbidos eléctricos en aparatos de compleja estructura…

Todo eso, y aquellos tubos de vidrio, con algo que bullía, rojizo, en su interior. Y aquellos matraces y retortas. Y aquel alambique complicado, desde su mesa hasta aquella otra de operaciones, donde reposaba una hermosa mujer rubia, espectral, pálida como un difunto, que parecía realmente sacada de la tumba, aunque extrañamente intacta, sin señales de corrupción en su cuerpo.

Tubos de goma entre ella y la otra. Una especie de cable, uniendo sus sienes a las de la dama, a quien viera ya una vez, en una pretendida pesadilla: ¡La mujer rubia de los ojos llameantes, la aparición fantástica y terrible de su dormitorio!

—Dios mío… —sollozó roncamente, entre dientes—. Y ahora… ¿qué va a suceder ahora?

Nadie iba a responderle. Estaba sola. Sola en el inmenso laboratorio subterráneo, en donde el olor a humedad se mezclaba a un extraño aroma agrio a productos químicos. Donde la habían dejado abandonada, junto a una mujer que parecía muerta. Y que, quizá, lo estaba, después de todo…

Miró en torno suyo, buscando a alguien. No lo encontró. No entendía nada de cuanto estaba sucediendo. No sabía dónde se hallaba. No sabía nada de nada. Había perdido la noción de todo durante la cena. Ahora, al recuperarse, se hallaba allí, entre aquella serie de elementos químicos y eléctricos, en el amplio y bien dotado laboratorio de un hombre de quien nada sabía, salvo que su mujer estaba siempre sola, aislada, encerrada en el ala secreta de la vivienda…

Y ahora, de súbito… sentía terror. Sabía lo que era el pánico a lo desconocido. A algo más que el simple miedo físico, el miedo al dolor, a una tortura, a una cruel paliza, acaso a una muerte violenta y sanguinaria, como la de Annie Beaumont.

Después… ¿qué iba a seguir?

¿La muerte? ¿Algo quizá mil veces peor, y que ella no entendía ni imaginaba?

No lo sabía. No podía saber nada. No le era fácil pensar en nada. Era como sentirse en trance. Como flotar en una bruma densa y adormecedora, esperando lo peor.

Esperando… *¿qué*?

Arriba, chirrió una puerta, larga y lastimosamente. Unos bruscos pasos descendieron hacía el sótano. Una voz murmuró algo, no lejos de ella:

—Todo está arreglado, Avery. *Lady* Beswick y ese hombre, Sykes, están arriba. Esperan. Han aceptado la invitación. Tomarán un refrigerio. ¿No es la mejor forma de…?

Una portezuela lateral, en el sótano, había chirriado. El hombre de la bata verde, del rostro apacible y la barbita cuidada, apareció, casi tímido, ante los ojos de Sabrina. Sonrió afablemente a su joven cautiva. Y respondió a su hermano:

—Sí. Es la mejor forma. Cuídate de eso. Que ninguno de los dos sobreviva, hermano… Ni siquiera notarán el veneno, por astutos que sean… Están demasiado seguros de su triunfo, de su fuerza…

Sabrina gimió entre dientes, acongojada. Tembló, *lady* Beswick, Sykes… Nombres aterradores en su mente, que correspondían a personas que estaban allí, cerca de ella. Más cerca de lo que jamás hubiera querido o esperado… Y también aquellos hermanos amables, correctos, fríos…

—¿Qué… qué van a hacerme? —sollozó casi, con voz convulsa.

—No tema, hija —sonrió amable Avery Allyson—. No tema nada. No sufrirá… Y cuando todo haya terminado, alguien tendrá un motivo nuevo de vida, para volver a este mundo con toda su fuerza… gracias a usted, pequeña.

—¡No! —chilló Sabrina, desesperada—. ¡No quiero! ¡No deseo darle algo mío a nadie! ¡No pueden despojarme de mi propia vida para dársela a otra persona! ¡Eso no puede ser…!

—Será, querida… Y será, gracias a su generosa entrega… —sonrió Allyson.

—¡Es que NO QUIERO entregar nada! ¡No deseo ayudar a nadie! ¡Sólo quiero libertad, vida! ¡Deseo algo que nunca tuve hasta ahora! ¡Vivir, vivir, VIVIR…!

—Alguien más lo desea desde hace tiempo. Y también los que

amamos a esa persona… Querida amiga, usted no entiende… Pero no hace falta que entienda. Yo lo sé y me basta. Usted ha sido desgraciada. Usted no necesita seguir viviendo. No valdría la pena. No tiene a nadie. Ni amigos, ni familia. En cambio, ella…

—¡No, no, NO! —sollozó Sabrina, exasperada, impotente—. ¡No por el amor de Dios, no…!

Pero nadie la oía. Y lo sabía. Sabía que era el fin. Lo intuyó, cuando Avery Allyson miró tiernamente a la misteriosa mujer tendida allí, cerca de ella, y añadió lentamente:

—Mi amada Gladys… Espera. Espera sólo unos minutos… y a tu cuerpo vivo, pero sin pensamientos, con movimiento, pero sin fuerza vital, llegará el cerebro preciso, desde otro cuerpo joven y vigoroso… Espera, mi amor, espera… Sybil tendrá de nuevo una madre amante… y yo una esposa tierna y amorosa…

Horrorizada, convulsa, comprendiendo que no había solución posible a su tremendo destino, Sabrina Cole supo que con una vida joven y llena de amarguras, estaba a punto de terminar en un holocausto final, insólito y atroz.

CAPÍTULO IX

Peter Shelton se detuvo ante la casa grande y oscura. Sabía que había llegado. Era allí su punto de destino. La residencia de los Allyson, al sur de Edimburgo. Solitaria, distante, aislada… El lugar ideal para los experimentos de un científico.

Y para una mujer joven, llevada allí desde el lejano Londres. Como institutriz de una niña de cinco años, según le dijeran en la vecindad… o como algo diferente e insospechado.

La respuesta estaría allí detrás. Entre los muros grises y tenebrosos. Tras aquellas tenues manchas de luz en la tiniebla, que era el gas, tras los vidrios de las ventanas del edificio.

Dudó. Llamar a la campanilla no resolvería nada. Sabrina Cole no le conocía. Desconfiaría de él como de cualquier otra persona en el mundo. Los Allyson tampoco sabían nada de él. Pero no le franquearían fácilmente el paso. El lugar no parecía accesible.

Rodeó la casa. Se detuvo en un muro lateral. Descubrió una ventana oscura, entreabierta. Dudó. No iba armado siquiera. ¿No sería excesiva audacia meterse en la posible boca del lobo?

No prolongó mucho sus dudas. Se decidió. Avanzó, resuelto. Cruzó el patio. Alcanzó el muro. Lo escaló hasta la ventana de la planta inferior. Empujó uno de los postigos. Salvó el alféizar. Entró en la oscuridad. Caminó sigiloso, hacia una puerta entreabierta. En la distancia, en un largo corredor, había luz. Salió, cauto, hasta pegarse al muro. Fue acercándose a aquella puerta entornada. Le llegó rumor de voces. Una mujer y un hombre. Sorprendido, notó en esas voces algo familiar, sin saber lo que era:

—… Y, en realidad, no me gusta esto, señora. Planean algo contra nosotros.

—Opino lo mismo —dijo la helada voz de una mujer que no le era desconocida—. No me fío de los Allyson. Se traen algo grande entre manos. No renunciarán a ello, pero tampoco quieren dar

dinero. Quizá temen que les hagamos chantaje en el futuro. O que les denunciemos… No sé, Sykes. Habrá que hacer algo…

¡Sykes! Shelton tembló levemente. Ahora entendía. *Lady* Beswick… Ella estaba allí ahora. Con su inseparable y fiel Sykes… Los dos se le habían anticipado. Estaban ya en Edimburgo. En pos de Sabrina Cole. Y quizá de su herencia…

Se apartó despacio. Ahora no le preocupaban aquellos dos reptiles. Eran los Allyson, era ella, Sabrina Cole, quizá en un peligro mortal…

Los cabellos de su nuca se erizaron. Sintió un escalofrío súbito. Una fría mano sutil rozaba la suya… Un cuerpo había producido un leve roce en el suelo alfombrado, y algo liviano producía un roce fantasmal en su brazo…

Se volvió, sobresaltado, dispuesto a todo. Quedóse sobrecogido.

La dulce sonrisa, los grandes ojos ingenuos, el cabello dorado, la figura pequeña e infantil, le desarmaron. La vocecilla, en un murmullo, contribuyó a ello:

—Eres un amigo, ¿verdad? —musitó Sybil Allyson—. Pareces bueno… Seguro que eres amigo de la señorita Cole…

—Si —afirmó roncamente, con dificultad, Peter Shelton—. Soy amigo de Sabrina Cole.

Y tú… tú eres…

—Yo soy Sybil —sonrió dulcemente la pequeña—. Sybil Allyson, ¿sabes? La señorita Cole es mi institutriz… La más bonita, inteligente y cariñosa de todas…

—¿De veras? —Shelton se inclinó, acurrucándose junto a ella, afectuoso—. ¿Dónde está ahora, Sybil? Tengo que ver a tu institutriz, pero sin que nadie lo sepa…

—Oh, eso será difícil —suspiró la niña, con su vaporoso vestido largo, de blondas y encajes, color rosa pálido. Sus enormes ojos ingenuos parecían resplandecer—. Muy difícil. Pero tú eres su amigo y la ayudará estoy segura… Ella está abajo. En el laboratorio…

—¿El laboratorio? —Shelton arrugó el ceño.

—Yo la vi bajar… La llevaban a la fuerza. Van a hacerlo otra vez…

—Hacer… ¿qué? —Se estremeció Peter.

—Lo de otras veces… Buscar a alguien que dé su vida a mamá…

Alguien que le entregue el cerebro… Eso dice papá siempre. Él cree que no le oigo, pero.

—EL CEREBRO… —tembló Peter, lívido—. ¡Dios mío, NUNCA oí nada parecido…!

Sybil tiró de su mano, con cierto entusiasmo. Le señaló la escalera, haciendo con la otra mano un gesto que indicaba silencio.

—Chist… Amigo, ven conmigo. Yo te guiaré…

Peter Shelton se dejó guiar. La niña le tomaba de la mano, tiraba de él, se movía corredor adelante, hacia alguna parte… Al fondo, en el vestíbulo, había una puerta medio oculta, bajo la escalera ascendente.

—Es ahí, amigo mío —musitó—. Allí dentro está ella…

La miró Shelton. Asintió, siguiéndola. Era su única amiga en la casa. Una pequeña y angelical amiga, guía suya en un mundo de tinieblas diabólicas. Tenía que dejarse guiar. Algo en su consciencia le decía que aquel podía ser el camino. El único camino, en suma…

La propia pequeña, la inteligente y aguda Sybil, movió la puerta chirriante, casi sin ruido. Le sonrió, muy dulce, mostrándole la escalera descendente. Peter Shelton asintió en silencio. Ella sabía cómo moverse. Sabía adónde conducirle, y de qué modo hacerlo.

Descendieron la escalera de caracol hacia el sótano. Abajo, zumbaban aparatos extraños, mecanismos desconocidos. El gas dibujaba sombras y luces, reflejos y colores en los muros. Había arcos voltaicos. Un mundo de técnica y de ciencia, de mecánica y de energía, al servicio de una idea fija, ignorada, quizá demoniaca.

Los ojos de Peter Shelton se fijaron en una mesa de operaciones. Había otra, gemela. Y ambas, unidas por cables, tubos, conexiones… Y el instrumental quirúrgico, esperando a la espantosa operación…

En una de ellas, una mujer de mediana edad, hermosa, rubia, esbelta, casi espectral. No le preocupó. Era la otra. La muchacha joven, también rubia, pero de cabello más oscuro, más dorado. De menos años, con expresión viva, de terror, de angustia, de agonía casi…

Sabrina. Sabrina Cole. Tenía que ser ella.

—Sybil… —musitó, dirigiéndose a la niña—. ¿Es ésa? ¿Es tu institutriz?

—Sí… —asintió la niña con voz profunda, medrosa casi—. Es

ella… Es la señorita Cole…

Shelton no indagó más. Se precipitó escaleras abajo, dejando atrás a la niña. Corrió por la espiral descendente, salvando los escalones a brincos, hasta alcanzar el laboratorio. Se precipitó hacia la mesa. La joven aferrada por anchas bandas de cuero, le miró, patética. Él la abordó, sin más rodeos:

—Sabrina… Sabrina Cole, ¿verdad? —musitó. Se enjugó el sudor de un manotazo, inclinándose sobre ella—. No tema. He venido a salvarla. Usted tiene que salir de aquí. Salvarse de este horror. Es rica. Es heredera de una gran familia inglesa. De niña, se llamó Hazel Wolf. Soy abogado, me llamo Peter Shelton, de Londres. Vengo a buscarla para sacarla de aquí y hacerla rica y afortunada. Algo que merece, por su penosa vida de antes. La señora Beswick y Sykes están aquí. Pero los persigue la ley. El orfanato quedó desmantelado, sus granujerías y crímenes al descubierto. No tema nada. Sybil me ha acompañado. Esa niña la quiere, desea salvarla…

Sabrina estaba empezando a sonreír, radiante, esperanzada.

De repente, arriba, una voz sonó aguda, estridente, acusadora:

—¡Papá! ¡Papá, tío Irwin! ¡Venid! ¡Venid aquí, pronto! ¡El extranjero! ¡El extranjero quiere salvar a Sabrina! ¡El extranjero quiere salvarla! ¡Papá, venid, venid…!

Era horrible. Monstruoso. Sabrina Cole miró con incredulidad a la rubia y pequeña niña angelical. También Shelton, asombrado. Los gritos de la pequeña lo conmovían todo. Su expresión era rara, malévola, inconcebible…

La puerta del laboratorio se abrió. Aparecieron los hermanos Allyson, Irwin y Avery… El segundo esgrimía un pistolón amartillado. Su aspecto era amenazador, inquietante…

—¡Allí, allí! —gritó la niña rubia, como un monstruo diminuto y terrible—. ¡Está allí! ¡Acabad con él, es peligroso!

Shelton nunca descubrió una perversidad semejante en los azules ojos abiertos de una niña inocente y hermosa…

—Pero… pero Sabrina, ¿qué significa *eso*? —jadeó roncamente, señalando arriba, a la pequeña de monstruosa reacción agresiva.

—No… no entiendo… —gimoteó ella—. Parecía tan… tan cariñosa, tan normal…

Shelton no indagó más. No podía perder ni un momento. Los Allyson venían hacia él como dos amenazas mortales. Sabía que, de

no hacer algo, se quedaría allí para siempre. Y sin vida, además.

Revolvióse, corriendo al inicio de la escalera. Los Allyson ya descendían a saltos, a trompicones, y el arma de fuego le amenazaba a él inexorablemente, a punto de disparar. El gesto de Avery, el científico, era malévolo, despiadado.

—¡Mata, hermano! —jadeó, dirigiéndose a Irwin—. ¡Mata a ese intruso, maldito sea! ¡Nadie debe interponerse entre nosotros y el milagro de devolver la vida autentica a Gladys!

La pistola buscó el rostro, el cráneo de Shelton. En sus camillas, ambas mujeres reaccionaban de muy diferente manera. Una, Gladys Allyson, no se movía aún. Era un auténtico cadáver, un ser insensible a toda emoción externa. Sabrina, era un manojo de nervios, de tensión, de angustia, de horror latente… Era la diferencia entre la vida y la muerte, entre lo que existía aún y lo que no era sino un cuerpo con capacidad de movimiento, de palabras, de fría acción, con un circuito eléctrico mental, pero sin masa encefálica alguna en su cráneo vacío…

Peter Shelton descargó un golpe contundente sobre el rostro de Avery, lanzándose contra su hermano. Ambos cuerpos rodaron por los escalones, bajo el impacto. El arma se disparó contra el techo. Arriba, la niña monstruosa gritaba y gritaba:

—¡Matad al extraño! ¡*Matadle*! ¡Viene a salvar a Sabrina! ¡Viene a salvarla! ¡Matadle…!

—Pero… pero Sybil, cariño… —sollozó Sabrina ahogadamente, en su mesa operatoria—. Sybil, ¿qué te sucede, para obrar de ese modo…? Tú me querías, me querías, eras adorable…

Shelton cayó sobre los dos hermanos Allyson. Pegó dos golpes formidables a Irwin, y le quitó el arma de las manos, dejándolo inerme, de bruces en los escalones. Luego, atacó a Avery, a quien tumbó a bofetones, hasta aferrarlo por las solapas de su bata verde, y alzarlo virulento en el aire, increpándole:

—¡Vamos, hable, Allyson! ¿Qué pretendía? ¿Realmente pasar el cerebro de un ser viviente a otro? ¿Un cerebro puede acaso trasplantarse actualmente de uno a otro, señor Allyson? ¿Está usted en sus cabales, maldito sea? ¿No es esto una simple tarea de dementes, de desquiciados asesinos?

—¿Dementes? ¿Asesinos? —jadeó el biólogo—. ¿Pero es que no se da cuenta, señor? ¿Es que no ve el prodigio que YA he logrado

anteriormente? Mi hija… *Mi hija Sybil*…

—*¿Qué?* —masculló Shelton. Y también Sabrina, desde su mesa terrible, desorbitó los ojos pálidos, aturdidos, angustiosos—. ¿Qué es lo que dice?

—Sybil… Sybil enfermó tras lo de su madre… Se volvió una anormal… Reía y cantaba, estúpidamente… Intenté algo con ella… —los ojos de su padre. Avery Allyson, derramaban lágrimas—. Se me murió en las manos, con su propia madre… Entonces… entonces rapté niñas. Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis… No sé. Creo que la octava o la novena vez resultó. Le di un cerebro. Cruel, malvado en realidad. Pero era un cerebro. ¡Y servía! Las niñas murieron, claro. Pero Sybil, *mi* Sybil… sobrevivió, inteligente y llena de vitalidad, de agudeza, de maldad y astucia también…

—Dios mío… —lloró amargamente Sabrina—. Sybil… la pequeña Sybil… un monstruo de laboratorio…

Arriba, la niña chillaba, incansable:

—¡Acabad con el extranjero! ¡Es malo! ¡Quiere que papá no le dé vida a mamá con el cerebro de esa estúpida señorita Cole…! ¡Matadlo! ¡Matadlo, pronto…!

Shelton la miró con horror. Aquello era peor que todo. Peor que su padre, su tío, la desdichada señora Allyson, un simple cadáver viviente… Y peor que la propia *lady* Beswick, y su fiel Sykes…

Aprovechándose de su estupor, de su desconcierto momentáneo, Avery Allyson le atacó con repentina violencia. Le lanzó contra un mueble repleto de objetos de vidrio, de instrumental de laboratorio. Cayeron, quebrándose en mil pedazos. Shelton juró, atacando a Avery, que iba directo hacia Sabrina, con alguna intención, vio que su mano iba a esgrimir un resorte, un interruptor eléctrico, que, sin duda, reactivaría el mecanismo diabólico de sus experiencias biológicas con difuntos y seres vivos…

Cayó contra él, con toda su fuerza. Le hizo meter la mano en el interruptor, dada la virulencia del impacto. Allyson chilló, horrorizado.

Todo él se tornó azul, centelleante, eléctrico. Millones de voltios corrieron por su cuerpo, estalló un aparato completo, se quebraron cables y tubos, en medio de centelleantes fogonazos, el arco voltaico fue primero fuego y luego humo y chisporroteos…

Avery Allyson se quedó electrocutado en el acto. Pero eso no era

todo. La mesa de Sabrina Cole saltó a un lado, desgarrándose los contactos, y dejando libre a la muchacha, que rodó aturdida por el suelo. El cuerpo de Gladys Allyson, un simple cadáver viviente, chisporroteaba, ardiendo entre tremendas descargas de alto voltaje… De una energía que sólo dominaba Allyson, y que ahora escapaba a su control.

Y arriba, en lo alto de la escalera, la niña, Sybil Allyson, se tornó un espectro azul, ululante, terrorífico, sacudido por la formidable descarga que afectó a sus invisibles electrodos, injertados sin duda en su cerebro, para transmitirle energía mental artificiosa.

Luego, chamuscada su hermosa melena rubia, cayó escalones abajo, arrollando bajo su impulso a su tío Irwin, que intentaba incorporarse, para disparar de nuevo contra Shelton.

Al contacto de ambos, hubo un estallido deslumbrante de electricidad latente. Los cuerpos cayeron, entre un común alarido de dolor y de angustia. Se quedaron abajo, al pie de la angosta escalera, carbonizados ambos. Inmóviles para siempre…

La niña, su tío Irwin, su padre… Y la que alguna vez, antes de su muerte física, fue su madre. Aquel cadáver que un científico demente intentó volver a una nueva vida sensible, como fuera antes de morir.

—Señorita Cole… —musitó roncamente Peter Shelton, inclinándose sobre el cuerpo trémulo de Sabrina. La tomó sin reparos en sus brazos, aferrándola calurosamente—. Señorita Cole, todo ha terminado… Arriba, *lady* Beswick y su fiel Sykes, creían poder librarse de las asechanzas de los Allyson. Me temo que no lo hayan conseguido. Creo que están muertos, víctimas de algún veneno. Pero, sea como sea, todo ha terminado para usted, muchacha… He venido a buscarla para sacarla de este horrendo pozo. Nunca creí que el terror humano pudiera llegar a tanto. Ya ha visto la realidad… No existe tal trasplante de cerebro aún… Y ojalá siga siendo así. Hay cosas que nunca deberían conseguirse, por el bien de todos. Sencillamente, logró una nueva forma de vida, después de la muerte clínica. Por medios científicos, simplemente. Electricidad, un cerebro reactivado artificialmente… Eso era todo. Crear autómatas, más o menos perfectos, y nada más… Señorita Cole, ¿se siente bien?

—Sí, sí… —sollozó ella, ahogadamente, aferrándose a Peter

Shelton, su salvador—. ¿De… de veras va a sacarme de aquí para siempre? ¿Existe… existe realmente en el mundo una auténtica libertad, una auténtica paz?

—Existen, sí —afirmó Shelton, risueño, oprimiendo contra sí a aquella encantadora muchacha—. Sólo que a veces… A veces los propios humanos la ponemos en peligro, con lo más sencillo y rutinario. Casándonos, por ejemplo…

—Casarse… —musitó Sabrina—. Debe ser hermoso…

—¿Hermoso? No sé… —Shelton sacudió la cabeza—. Hay quién dice que no… Pero al final, señorita Cole… todos caen en algo parecido. Ya lo verá… Ya lo verá, amiga mía…

Y no dijo más. Se llevó consigo a Sabrina hacia arriba. Hacia el exterior. Hacia la libertad auténtica y definitiva. Hacia otro mundo, diferente al que Sabrina Cole conocía.

Pero, como dijo Peter Shelton, tal vez ella cambiara un día esa libertad por una nueva forma de sometimiento a otro hombre. Sólo que sería por su gusto, y con amor.

Tal vez ella… Y tal vez el propio Shelton.

Porque poco tiempo más tarde, ya eran buenos amigos, en Londres. Ella, una rica dama, heredera de los Wolf. Él, un adinerado abogado, joven, arrogante, y con la imagen del héroe salvador en la mente de ella…

Sí. Tal vez ellos, no tardando mucho… Tal vez ellos mismos…

¿Por qué no?

Después de haberse enfrentado a la terrible pesadilla del horror, una mujer sola, joven, hermosa, sin problemas económicos… podía muy bien elegir una nueva forma de vivir.

Y elegir a un hombre. A un hombre al que debía todo aquello, por ejemplo.

Era una historia tan vieja…

Y siempre repetida.

F I N



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario *Imperio*, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix.

Su primera novela policíaca fue *La muerte elige* y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana).

Los pseudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester.

Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de

teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí*, *Nuestro agente en Casablanca*, *Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*.

Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera.

Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como *Alicia en el país de las maravillas*, *Robinson Crusoe*, *Miguel Strogoff* o el clásico de Cervantes *Don Quijote de la Mancha*, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», *La conjura* y *La clave de los Evangelios*.

En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico *Yo, Curtis Garland* publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz.

Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada *Las oscuras nostalgias*. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.

Notas

[1] Sweet Home Garden: en inglés, «Jardín del Dulce Hogar». <<

[2] Mayor: alcalde, en Inglaterra y otros países sajones. <<

[3] Lewis Carroll, publicó en 1865 su famoso libro *Alicia en el país de las maravillas*, que aquí se cita, y su segunda parte. *Alicia a través del espejo*, en 1871. Aquí se alude a las escenas finales, en que una Reina de la baraja repite siempre: «¡Que le corten la cabeza!». Libro de feroz crítica victoriana, resulta aquí significativa su alusión por el personaje de Sabrina, víctima de la sociedad de su propia época. <<